

dadera sangre. La Madre, desde su retiro, se postró en tierra, y adoró su Hijo sacramentado con incomparable reverencia. Luego le adoraron los ángeles, los apóstoles y discípulos. Pronto nuestro gran sacerdote Cristo levantó en alto por primera vez su cuerpo y sangre consagrados para que de nuevo le adorasen todos los que asistían á esta misa nueva. Dividió con sus sagradas manos el pan consagrado, y se comulgó á sí mismo el primero, como primero y sumo sacerdote: partió luego otra partícula del pan consagrado, y la entregó al arcángel San Gabriel, para que la llevase y comulgase á María Santísima. Esperaba la gran Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada Comunión, cuando llegó San Gabriel, y de la mano del santo Príncipe la recibió la primera, después de su Hijo santísimo, con suma humillación, reverencia y temor santo. Quedó depositado el Santísimo Sacramento en el pecho de María Santísima y sobre el corazón como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía, todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección,

cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa. Después de comulgada la divina Señora, dió nuestro Salvador el pan sacramentado á los apóstoles, y les mandó que entre sí lo repartiesen y recibiesen, como lo recibieron. Dadas gracias salió Su Majestad del aposento donde había celebrado tantos misterios milagrosos, y al mismo tiempo salió también su Madre santísima de su retiro, para ponerse á la presencia de su divino Hijo, y estando en ella se postro en tierra adorándole como á su verdadero Dios y Redentor. Y mirándola Su Divina Majestad con semblante majestuoso y agradable, le dijo: «Madre mía, con vos estaré en la tribulación; hagamos la voluntad de mi Eterno Padre y la salud de los hombres.» La gran Reina se ofreció con entero corazón al sacrificio y pidió la bendición. El dueño de la casa, que estaba presente, á la despedida ofreció la misma casa y lo que en ella había á la Señora del cielo, y la Reina admitió con humilde agradecimiento y se quedó en ella con algunas piadosas mujeres; y Su Majestad con los apóstoles encaminó sus pasos al monte Olivete.

Doctrina que me dió mi Madre Maria.

¡Oh hija mía, si los profesores de la santa fe católica abriesen sus corazones para recibir la verdadera inteligencia del sagrado misterio y beneficio de la Eucaristía! ¡Oh si desahogados y abstraídos de los afectos terrenos, y moderando sus pasiones, aplicanse la fe viva para entender en la divina luz su felicidad en tener consigo á Dios Sacramentado, y poderle recibir y frecuentar participando los efectos de este divino maná del cielo, si gustasen su dulzura, si participasen en ella la virtud oculta de su Dios! Nada les quedaba qué desear, ni qué temer en su destierro; pues en este pan del cielo tienen á la mano la salud y la fortaleza. Culpa es de los fieles no atender á este misterio, y valerse de su virtud infinita para todas sus necesidades y trabajos, que para su remedio le ordenó mi Hijo santísimo.



CAPÍTULO XXXV.

Jesús en el huerto; le prenden y le llevan de tribunal en tribunal, y le sentencian á muerte; lo que sucedió en estos pasos á María Santísima.

CONOCIA la gran Señora desde su recogimiento todo lo que pasaba á su divino Hijo, vió como Judas se desvió del colegio apostólico, y se fué á vender á su Maestro, como su Hijo se había retirado en el huerto de Getsemani, la oración que hizo, la tristeza en que fué sumergido, el sueño de los apóstoles, vió como Judas con un falso ósculo le entregaba á los Judíos, de la manera que injuriaron al mansísimo Cordero, y atado con sogas y cadenas le llevaron á casa de los pontífices Anás y Caifás, vió la huida de los apóstoles, la negación de Pedro y el maltrato que hacían á su divino Hijo, de manera que la Virgen María lloró sangre viva de compasión de su Hijo, y

sentía en sí respectivamente el dolor de los golpes y heridas que le daban.

Era la mañana del viernes que los ancianos y príncipes de los sacerdotes y escribas se juntaron en casa del pontífice Caifás, donde Su Majestad estaba preso, y resolvieron que fuese llevado y presentado á Poncio Pilatos para que fuese condenado á muerte. La dolorosa Madre determinó salir de su retiro para seguir á su Hijo á casa de Pilatos, y acompañarle hasta la cruz. Y al salir del cenáculo, llegó San Juan y la dió noticia de todo lo que pasaba, porque ignoraba la ciencia y visión que María Santísima tenía de todas las obras y sucesos de su amantísimo Hijo. «¡Oh Señora mía, la dijo, que afligido queda nuestro divino Maestro! Porque de las bofetadas, golpes y salivas está su hermosísimo rostro tan afeado y desfigurado, que apenas le conoceréis por la vista. «Oyó María esta relación con tanta espectación como si estuviera ignorante del suceso. Oyéronlo también las mujeres santas, y todas quedaron tras-pasados los corazones del mismo dolor y asombro que recibieron. Mandó la Reina del cielo á Juan que fuese acompañándola

con las devotas mujeres, y al pasar por las calles de Jerusalem oía que algunos le decían: Oh triste Madre! Qué lastimado y herido de dolor está tu corazón! Otros con impiedad le decían! ¿Por qué le consentías que intentase tantas novedades en el pueblo? Admitía la compasión de unos y reprehensión de otros, rogando por todos.

Llegó Jesús á la casa de Pilatos, le acusaron á la vista de la dolorosa Madre, que acompañada de Juán y piadosas mujeres, cubierta con su manto, lloraba sangre en vez de lágrimas con la fuerza del dolor que dividía su virginal corazón. No hallando culpa Pilatos para condenar á Jesús, les propuso dar libertad en aquella Pascua, como era costumbre, á uno de los presos, y les dijo: si gustaban de dar libertad á Jesús ó á Barrabás, que era ladrón y homicida; y le respondieron: pedimos que sueltes á Barrabás, y que crucifiques á Jesús. Quedó turbado Pilatos con tal demanda; remitió al inocente Jesús á Herodes. Salió, pues, nuestro Salvador de la casa de Pilatos para la de Herodes, atado y preso, acompañado de los escribas y sacerdotes que iban para acusarle ante el nuevo Juez. Salió tam-

bién María Santísima de casa de Pilatos para seguir á su divino Hijo, y acompañarle en los pasos que le restaban hasta la cruz. Herodes le recibió con risa, juzgándole encantador y mágico. Al salir de la sala donde fué acusado, topó con su Madre y se miraron con íntimo dolor y recíproca compasión, fuéle siguiendo por las calles á la casa de Pilatos, á donde otra vez le volvían atropellándole y derribándole algunas veces en el suelo; y tirando con suma crueldad de las sogas, le hicieron reventar la sangre de sus sagradas venas; y como no se podía fácilmente levantar por llevar atadas las manos, ni el tropel de la gente se podía detener, le hollaban, pisaban, y le herían con muchos golpes y puntadas.

Llegó nuestro Salvador segunda vez á casa de Pilatos, y de nuevo le pidieron que le condenase á muerte de cruz. Pilatos propuso á los judíos darle libertad por segunda y tercera vez, testificando que no hallaba en él crimen alguno, que le castigaría, y de hecho le castigó para ver si con esto quedarían satisfechos, pues le mandó azotar con rigor dándole 5115 azotes, quedando, como profetizó Isaías, hecho varón de

dolores. Cuando llevaban al lugar de los azotes al inocente Jesús, la prudentísima Señora se retiró á un rincón del zaguan con las Marías y San Juan, que la acompañaban en su dolor. Retirada en aquel puesto, vió por visión clarísima todos los azotes y tormentos que padecía nuestro Salvador: padeciendo ella en su cuerpo todos los dolores que con las heridas sentía su divino Hijo, de manera que el dolor la transformó y desfiguró tanto, que San Juan y las Marías la llegaron á desconocer por su semblante. Á más de los dolores del cuerpo, fueron inefables los que padeció en su purísima alma; porque ella sola supo la dignidad de Jesús, y el peso de las injurias que recibía de la perfidia judáica.

Ejecutada la sentencia de los azotes, le desataron de la columna y le mandaron se vistiese su túnica y vestido; le llevaron luego al pretorio, donde de nuevo le desnudaron y le vistieron una ropa de púrpura muy lacerada y manchada, y le pusieron en su cabeza un seto de espinas muy tejido, que le sirviese de corona, y en la mano derecha una caña irrisoria, y sobre los hombros un manto de color morado. Pare-

cióle á Pilatos que un espectáculo tan lastimoso como el que presentaba Jesús movería los corazones de aquel ingrato pueblo; mándole sacar á una ventana donde todos le viesen así como estaba, azotado, desfigurado y coronado de espinas con las vestiduras ignominiosas de fingido rey. Y Pilatos, hablando al pueblo, les dijo: *Ecce Homo*, y respondieron *crucificalo, crucificalo*. Respondió Pilatos: Tomadle allá vosotros y crucificalo, que yo no hallo causa justa para hacerlo. La dolorida Madre, al ver á su divino Hijo, se puso de rodillas, le adoró y confesó por verdadero Dios Hombre, lo mismo hicieron San Juan y las Marias, y todos los ángeles que asistían á su gran Reina y Señora. Viendo Pilatos que no podía aplacar á los Judíos, antes le amenazaron con la desgracia del Emperador, si no quitaba la vida á quien se levantaba por Rey, como decían ellos, dejóse vencer de la perfidia y malicia de ellos, y estando en su tribunal, día de Parasceve, pronunció la sentencia de muerte contra el Autor de la vida, á satisfacción y gusto de los pontífices y fariseos.

Al publicar los pontífices y fariseos la con-

denación de Jesús á muerte de cruz, se renovó tanto el dolor de María, que su corazón quedó dividido con el cuchillo de amargura que le penetró. Corrió la voz por toda Jerusalem de la sentencia de muerte que se había pronunciado contra Jesús, y en tropel concurrió todo el pueblo á la casa de Pilatos, para verle sacar á ajusticiar. Sacaron á nuestro Salvador con sus propias vestiduras, y con la cruz sobre sus delicados y llagados hombros, tan desfigurado y velado su divino rostro por las llagas, sangre, y salivas, que nadie le reputára por el mismo que antes había visto y conocido. Unos con descompuesta alegría y escarnio hablaban, otros lloraban, unos preguntaban qué delitos había cometido para tales castigos, otros estaban turbados y enmudecidos, todo era confusión y tumulto. Sólo el apóstol San Juan, la dolorosa Madre, y las Marías estaban á la vista, algo retirados de la multitud. Cuando el apóstol vió á su divino Maestro, fué tan lastimada su alma de dolor, que llegó á desfallecer y perder los pulsos, quedando con un mortal semblante. Las tres Marías desfallecieron con un desmayo muy helado. Pero la Reina estuvo

invicta, y su magnánimo corazón, con lo sumo del dolor, nunca desfalleció ni desmayó. Ella confortó á las Marias y á San Juan; y pidió al señor les fortaleciese, para que con él, y con ellas tuviese compañía hasta el fin de la pasión.

Prosiguió nuestro Salvador el camino del monte Calvario, entre oprobios, afrentas y dolores; los verdugos unos tiraban de las sogas adelante para que apresurase el paso, otros para atormentarle tiraban atrás, y con estas violencias y el grave peso de la cruz, le obligaban y compellían á dar muchos vaivenes y caídas en el suelo, y á más le arrojaban en su divino rostro polvo y salivas inmundisimas. La dolorida Madre, acompañada de San Juan y Marias, iba en seguimiento de su Hijo, y como el tropel de la confusa multitud los embarazaba para llegarse más cerca de Su Majestad, pidió la gran Reina al Eterno Padre le concediese estar al pié de la cruz en compañía de su Hijo. Luego los ángeles encaminaron á su Reina por el atajo de una calle, por donde salieron al encuentro de su Hijo santísimo y se vieron cara á cara, Hijo y Madre, reconociéndose entrambos, y reno-

vándose recíprocamente el dolor de lo que cada uno padecía: pero no se hablaron vocalmente, ni la fiereza de los ministros dierra lugar para hacerlo. Más la prudentísima Madre adoró á su Hijo santísimo y Dios verdadero, afligido con el peso de la cruz, y le iba siguiendo muy de cerca como lo había deseado y pedido al Eterno Padre.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, medita de día y noche la pasión, dolores y muerte de Jesús crucificado. Esta es la ciencia de los Santos, que ignoran los mundanos. En esta ciencia te quiero estudiosa y sabia, que con ella te vendrán todos los bienes. Mi Hijo enseñó el orden de esta sabiduría oculta, cuando dijo: «Yo soy camino, verdad y vida: ninguno viene á mi Padre, si no es por mí.» Pues si mi Señor y Maestro se hizo camino y vida de los hombres, por medio de la pasión y muerte que padeció por ellos, ¿no es forzoso que para andar este camino y profesar esta verdad han de pasar por Cristo crucificado, afligido, azotado y afrentado? Atiende, pues, la ignorancia de los mortales que quieren

llegar al Padre sin pasar por Cristo; porque sin haber padecido ni haberse compadecido de él, quieren reinar con Su Majestad, sin haberse acordado de su pasión y muerte, ni para gustarla en algo, ni agradecerle de veras. No es verdadero hijo el que no imita á su Padre, ni fiel siervo el que no acompaña á su Señor, ni discípulo el que no sigue á su Maestro; ni yo reputo por mi devoto al que no se compadece con mi Hijo y conmigo de lo que padecemos.



CAPÍTULO XXXVI.

De la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús.

LLEGÓ nuestro amantísimo Señor al monte Calvario, tan fatigado, que parecía todo convertido en llagas y dolores, ensangrentado, herido y desfigurado. Llegó la dolorosa y afligida Madre en compañía de San Juan y Marías, y al ver que se iban á ejecutar los misterios de la redención humana, oró al eterno Padre: «Recibid, dijo, mi aceptable ofrenda y sacrificio, pues no ofreciera tanto, si yo misma fuera sacrificada y padeciera; porque si yo muriera para que su vida santísima se conservara, fuera para mí de grande alivio y satisfaccion.» Empezaron los ministros de justicia á desnudar á Jesús, y como la túnica era cerrada y larga, desnudáronse la, para sacarla por la cabeza, sin quitarle la corona de espinas, y con la violencia que hicieron arrancaron la co-

rona con la misma túnica con desmedida crueldad; le rasgaron de nuevo las heridas de su sagrada cabeza, y en algunas se quedaron las puntas de las espinas, que con ser tan duras y aceradas se rompieron con la fuerza con que los verdugos arrebataron la túnica, la cual volvieron á fijar en la cabeza, abriendo llagas sobre llagas. Mandaron los verdugos que se tendiese sobre la cruz, pero con inhumano y cruel instinto señalaron los agujeros más largos para atormentar más. Esta nueva impiedad conoció la Madre de la luz y fué una de las mayores aflicciones que padeció en toda la pasión; porque penetró los intentos depravados de aquellos ministros, y previno el tormento que su Hijo había de padecer para clavarle en la cruz. Y cuando se levantó Su Majestad para que barrenasen la cruz, acudió la gran Señora y le tuvo de un brazo y le adoró, y bezó la mano con suma reverencia. Formados en la santa cruz los tres barrenos, los verdugos mandaron á Cristo Señor nuestro que se tendiese sobre ella para clavarle. Obedeció Jesús, y uno de los verdugos le cogió la mano, y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la

clavó en él. Luego le clavaron la otra mano, y como no llegaba al agujero, tiraron con inaudita crueldad hasta llegar al barrero, y después le clavaron los piés; quedó aquel sagrado cuerpo clavado y fijo en la santa cruz, y aquella fábrica de sus miembros deificados tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieron contar los huesos, porque todos quedaron dislocados y señalados fuera de su lugar natural. Desencajaronle los del pecho, de los hombros y espaldas, y todos se movieron de su lugar, cediendo á la violenta crueldad de los verdugos. No se puede explicar lo que padeció Jesús en este tormento. Luego arrimaron la cruz al agujero donde se había de enarbolar. Y llegándose, unos con los hombros, y otros con alabardas y lanzas, la hicieron fijar en el hoyo que para esto habían abierto en el suelo. Quedó Jesús en el aire, pendiente del sagrado madero, á vista del innumerable pueblo, los judíos blasfemaban, los compasivos se lamentaban, los extranjeros se admiraban, unos ponderaban el escarmiento en cabeza agena, otros le llamaban justo; y toda esta variedad de juicios y palabras eran flechas

para el corazón de la afligida Madre. El sagrado cuerpo derramaba mucha sangre de las heridas de los clavos, que con el peso y golpe de la cruz se estremeció y se rompieron de nuevo las llagas.

Los pontífices y fariseos arrojaron piedras y polvo contra su Real Persona, y moviendo las cabezas con escarnio y mofa decían: «Ea, tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate ahora á ti mismo; si éste es Hijo de Dios descienda ahora de la cruz y le creerémos.» Y Jesucristo, desde la cátedra de la cruz, en lugar de pedir venganza contra los que le maltrataban de palabra y de obra, confirmando la doctrina con el ejemplo, dijo: «Padre, perdónadlos, que no saben lo que hacen.» Dimas, que conoció algo de este sacramento y obrando al mismo tiempo la intercesión y oración de María Santísima, movido con verdadero dolor de sus culpas, dijo: «Señor, acuérdate de mí cuando llegares á tu reino,» y oyó del mismo Señor: «De verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso.» Dirigiendo luego su vista á su afligida Madre, la dijo: «Mujer, hé ahí á tu hijo;» y dirigiéndose á Juán: «Hé ahí á tu

Madre.» Llegábase ya la hora de nona del día, aunque por la oscuridad y turbación más parecía confusa noche; habló Jesús la cuarta palabra y dijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Luego añadió la quinta palabra: «Sed tengo;» en la sexta *consummatum est*, y pronunciando la última palabra, en medio de un mar inmenso de penas y aflicciones: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,» inclinó la cabeza y murió. El sol, luna, estrellas y planetas, la naturaleza toda se conmovió, el velo del Templo se rasgó en dos partes, algunos muertos resucitaron.

El dolor de la Virgen fué intenso y vivo, y todos cuantos han padecido los hombres ajusticiados desde el principio del mundo, no llegan á los que María Santísima padeció y sufrió en la pasión, y si no murió fué por milagro. Permanecía María al pié de la cruz, cuando vió que gente armada venía encaminándose al monte Calvario, y creciendo el temor de algún nuevo oprobio que harían contra el Redentor difunto, habló con Juan y las Marías y dijo: «¡Ay de mí, que llega ya el dolor á lo último, y se divide mi corazón en el pecho! Por ventu-

ra no están satisfechos los judíos de haber muerto á mi Hijo y Señor? Si pretenden ahora alguna nueva ofensa contra su sagrado Cuerpo ya difunto?» Aquella turba llegaba al Calvario para quebrantar las piernas á los tres ajusticiados, y al llegar á Jesús, como le hallaron difunto, Longinos le hirió con una lanza penetrándole su costado, y salió de la herida sangre y agua. La dolorida Madre recibió en su pecho el dolor, como si recibiera la herida: movida de compasión y piedad, olvidando su propio tormento, dijo á Longinos: «El Todopoderoso te mire con ojos de misericordia con la pena que has dado á mi alma.» Longinos por medio de María, logró la vista corporal que casi no la tenía, y la espiritual, confesando por verdadero Dios al Crucificado, y lloró sus pecados.

Corría ya la tarde, y la Madre piadosísima aún no sabía como podría dar sepultura á su difunto Hijo, elevó los ojos al Eterno Padre, y le pidió medios con qué, como á Madre que era de Jesús, pudiese darle honorífica sepultura. Después de breve espacio vió que venía hacia al Calvario otra tropa de gente con escalas y aparato de otras cosas,

se afligió de nuevo, y dirigiéndose á Juán, le dijo: «Hijo mío, ¿qué será este intento de los que vienen con tanta prevención?» El Apóstol respondió: «No temais, Señora mía, á los que vienen, son José y Nicodemos con otros criados suyos, y todos son amigos de vuestro Hijo.» Llegaron á la presencia de María Santísima, y en vez de saludarla con la vista del divino y lamentable espectáculo, se renovó en todos el dolor con tanta fuerza y amargura, que por algún espacio derramaron muchas lágrimas sin hablar palabra, hasta que la invicta Reina los animó y confortó: y entonces la saludaron con humilde compasión. La advertidísima Madre les agradeció su piedad y el obsequio que hacían á su Dios, Señor y Maestro en dar sepultura á su Cuerpo difunto, en cuyo nombre les ofreció el premio de aquella obra. José y Nicodemos arrimaron las escalas á la santa cruz y subieron á desenclavar el sagrado Cuerpo. Comenzaron á disponer el descendimiento, bajáronle con gran veneración y lágrimas, y para recibir la gran Señora el Cuerpo difunto de su Hijo santísimo, puesta de rodillas extendió los brazos con la sábana desplegada. San

Juán asistió á la cabeza, y la Magdalena á los piés, para ayudar á José y Nicodemos, y todos juntos con grande veneración y lágrimas lo pusieron en los brazos de la dulcísima Madre. Adoróle con supremo culto y reverencia, vertiendo lágrimas de sangre. Tras de ella lo hizo San Juan y todos los demás por su orden. Pasado algún espacio, Juan y José la suplicaron diese lugar para el entierro de su Hijo y Dios verdadero. Permitiólo la prudentísima Madre, y después de haberle ungido, fué colocado en féretro para llevarle al sepulcro. Levantaron el sagrado Cuerpo San Juan, José, Nicodemos y el Centurión. Seguían la divina Madre, la Magdalena, las Marías, y las otras piadosas mujeres sus discípulas. Juntóse á más de estas personas otro gran número de fieles que, movidos de la divina luz, vinieron al Calvario después de la lanzada. Todos así ordenados caminaron con silencio y lágrimas á un huerto donde José tenía labrado un sepulcro nuevo, en el cual pusieron el sagrado Cuerpo de Jesús. Antes de cubrirle con la lápida le adoró de nuevo la religiosa Madre, lo mismo hicieron todos los demás y cerraron el sepulcro con

una lápida que era muy grande. Con el mismo silencio y orden que vinieron todos del Calvario, se volvieron á él. La divina Maestra se llegó á la santa cruz, y la adoró con excelente veneración y culto, luego lo hicieron San Juan, José, y todos los que asistían al entierro. Era ya tarde y la gran Señora desde el Calvario se fué á recoger á la casa del Cenáculo, á donde la acompañaron los que asistieron al entierro; y dejándola en el Cenáculo con San Juan, las Marías y otras compañeras, se despidieron de ella los demás, y con grandes lágrimas y sollozos la pidieron les diese su bendición. La prudentísima Señora les agradeció el obsequio que á su Hijo santísimo habían hecho y el beneficio que ella había recibido, y los despidió llenos de favores y de bendiciones.

Retirada en el Cenáculo y estando en el aposento donde se celebraron las cenas, habló con San Juan y Marías y otras mujeres, les dió las gracias de haberla acompañado en el discurso de la pasión de su amantísimo Hijo, en cuyo nombre les ofrecía el premio de su constante piedad y afecto con que la habían seguido, y asimismo

se ofrecia por sierva y amiga de aquellas santas mujeres; agradecidas ellas, con San Juan la besaron la mano, pidiéndola su bendición. Suplicáronla descansase un poco, y recibiese alguna corporal refección. « Mi descanso y mi aliento, les dijo, ha de ser ver á mi Hijo y Señor resucitado. Vosotras, carísimas, satisfaced vuestra necesidad como conviene, mientras yo me retiro, y pidió á San Juan que previniese alguna refección para las mujeres que la acompañaban, y que las asistiese y consolase; sólo reservó á las Marías porque deseaban perseverar en el ayuno hasta ver al Señor resucitado, y á éstas dijo á San Juan las permitiese que cumpliesen su devoto afecto.

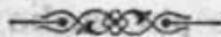
El sábado, de mañana, después de las cuatro, entró San Juan deseoso de consolar la dolorosa Madre, y puesta de rodillas le pidió la diese la bendición como sacerdote y superior suyo, él de nuevo se la pidió también con lágrimas, y se la dieron uno á otro. Ordenó la divina Reina, que luego saliese á la ciudad, donde encontraría á San Pedro, que venía á buscarle, que le consolase y llevase á su presencia y lo mismo hiciese con los demás apóstoles. Todos

los que encontró se fueron al Cenáculo, y pidieron perdón; Pedro de haberle negado, y los demás de haberle abandonado. La gran Señora los animó, prometiéndoles el perdón que deseaban, y su intercesión para alcanzarle. Cuando se hizo tarde, se retiró otra vez á su recogimiento. Por la mañana siguiente, San Juan fué á visitarla como el día antes lo había hecho, para consolarla en su amarga soledad, y encontró llena de resplandor y de gloria á la que antes apenas conocía por su tristeza. Admiróse el santo Apóstol y juzgó que ya el Señor sería resucitado.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, la herida que recibió mi Hijo santísimo en el costado con la lanza, fué sólo para mí cruel y dolorosa, más sus efectos y misterios son suavísimos para las almas santas. Á mí me affligió mucho; mas á quien se encaminó este favor misterioso sirvele de gran regalo y alivio en sus dolores. Y para que tú lo entiendas y participes de sus efectos, debes considerar que mi Hijo y Señor, por el amor ardentísimo que tuvo á

los hombres, sobre las llagas de los piés y manos, quiso admitir la del costado sobre el corazón, que es el asiento del amor, para que por aquella puerta entrasen como á gustarle y participarle en la misma fuente, y allí tuviesen las almas su refrigerio y refugio. Este sólo quiero yo que busques tú en el tiempo de tu destierro, y que le tengas por habitación segura sobre la tierra. Allí aprenderás las condiciones y leyes del amor en qué imitarme, y entenderás como en retorno de las ofensas que recibieres, has de volver bendiciones á quien te las hiciera, como yo lo hice, cuando fui lastimada con la herida que recibió mi Hijo santísimo en el pecho ya difunto. Te aseguro, carísima, que no puedes hacer otra obra más poderosa, para alcanzar con eficacia la gracia que deseas con el Altísimo, perdonando las injurias, porque se conmueve el corazón piadoso de mi Hijo santísimo, viendo que le imitan las criaturas en perdonar y orar por quien ofende.



CAPÍTULO XXXVII.

De la resurrección de Jesús y su gloriosa ascensión.

ESTANDO prevenida María Santísima, entró Cristo nuestro Salvador resucitado y glorioso, acompañado de todos los Santos y Patriarcas. Postróse en tierra la siempre humilde Reina y adoró á su Hijo santísimo; y Su Majestad la levantó y llegó á sí mismo. Y con este contacto recibió la Madre Virgen un extraordinario favor, que sola ella lo mereció como exenta de la ley del pecado. El beneficio fué, que el glorioso Cuerpo del Hijo encerró en sí mismo al de su purísima Madre, penetrándose con ella ó penetrándole consigo, como si un globo de cristal tuviera dentro de sí al sol que todo lo llenára de resplandores y hermosura con su luz. Así quedó el cuerpo de María unido al de su Hijo por medio de aquel divinisimo contacto, que fué como puerta para

entrar á conocer la gloria del Alma y Cuerpo santísimo del mismo Señor. Por estos favores, como por grados de inefables dones, fué ascendiendo el espíritu de la gran Señora á la noticia de ocultísimos sacramentos. Estando en ellos, oyó una voz que la decía: «Amiga, asciende más alto.» En virtud de esta voz quedó del todo transformada y vió la Divinidad intuitiva y claramente, donde halló el descanso y el premio (aunque de paso) de todos sus trabajos y dolores.

Estuvo algunas horas la divina Princesa gozando del Ser de Dios con su Hijo santísimo, participando de su gloria como había participado de sus tormentos. Todo cuanto puede recibir una pura criatura todo se le dió á María purísima abundantemente en esta ocasión, pues correspondió el gozo y favor á las penas que había padecido. Habló después con los santos Patriarcas y justos que allí estaban, habló con todos, particularmente con sus padres Joaquín y Ana, con su esposo José, y con el Bautista. Todos se postraron ante la divina Señora, reconociéndola por Madre del Redentor del mundo, y cooperadora de su redención.

Entre tanto las piadosas Marias se dirigieron al sepulcro para ungir el sagrado Cuerpo de Jesús, y al llegar allí, encontraron un ángel que las dijo: «No temais, buscais á Jesús Nazareno, no está aquí, que ya ha resucitado.» Se apareció Jesús á María Magdalena en figura de hortelano, y al nombrarla, le conoció, se dejó ver por las otras Marias, por los Apóstoles y otros discípulos, finalmente después de muchas apariciones que hizo durante los cuarenta días, se dejó ver en el Cenáculo en el mismo día de la Ascensión delante de 120 personas, y con semblante apacible les dijo: «Hijos míos, yo me subo á mi Padre, de cuyo seno descendí para salvar y redimir á los hombres. Por amparo, madre, consoladora y abogada vuestra, os dejo en mi lugar á mi Madre, á quien habeis de oír y obedecer en todo. Y así como os tengo dicho que quién á mí me viere, verá á mi Padre, y el que me conoce le conocerá también á él; ahora os aseguro, que quién conociere á mi Madre, me conocerá á mí, y el que á ella oye, á mí oye; y el que la obedeciere, me obedecerá á mí; y me ofenderá quién la ofendiere, y me honrará, quién la honrará á

ella. Todos vosotros la tendreis por Madre, por superior y cabeza, y también vuestros sucesores. Ella responderá á vuestras dudas, soltará vuestras dificultades; y en ella me hallaréis siempre que me buscaréis; porque estaré en ella hasta el fin del mundo.» Añadió más el Señor y dijo: «Tendreis á Pedro por suprema Cabeza de mi Iglesia, donde le dejó por mi Vicario; y como á Pontífice supremo le obedeceréis. Á Juan tendreis por hijo de mi Madre, como yo le nombré y señalé desde la cruz.»

Con esta pequeña grey salió del Cenáculo nuestro divino pastor Jesús, llevándolos á todos delante por las calles de Jerusalem, y á su lado á la beatísima Madre hasta subir á lo más alto del monte Olivete; y llegando al lugar determinado, la prudentísima Madre se postró á los piés de su Hijo, y le adoró por verdadero Dios y Reparador del mundo, y le pidió su bendición. Y todos los que allí estaban, á imitación de su gran Reina, hicieron lo mismo. Despedido Su Divina Majestad de aquella santa congregación de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntó las manos y en su propia virtud se comenzó á levantar del suelo,

dejando en él las señales ó vestigios de sus sagradas plantas. Y con suavísimo movimiento se fué encaminando por la región del aire, llevando tras de sí los ojos y el corazón de todos.

Luego que desapareció de su vista, unos ángeles con vestiduras blancas y refulgentes les dijeron: «Varones galileos, no perseveréis en mirar al cielo, porque este Señor Jesús que se alejó de vosotros y ascendió al cielo, otra vez ha de volver con la misma gloria y majestad que ahora le habeis visto.» Con estas razones se consolaron los Apóstoles y se retiraron al Cenáculo á esperar la venida del Espíritu Santo, como se les había prometido.

Se llevó consigo el Salvador del mundo á los Santos Padres y los demás glorificados, y á más á su Madre santísima para darla en el cielo la posesión de la gloria, y del lugar que como á Madre verdadera le tenía señalado, y ella con sus méritos adquiridos, y para adelante prevenido.

Fué muy conveniente que los Apóstoles y demás fieles ignorasen este misterio; porque si vieran ascender á su Madre y Maestra con Cristo, les afligiera el desconsuelo

sin medida, ni recurso de algún alivio; pues no les quedaba otro mayor, que imaginar tenían consigo á la piadosísima Madre, y por esto y por milagro estaba la Virgen María á un mismo tiempo con Jesús y con los Apóstoles.

Con júbilo que excede á nuestro pensamiento, llegó al cielo empíreo aquella nueva procesión, y María fué colocada en el trono de la Beatísima Trinidad á la diestra de su Hijo santísimo, dejando en la elección de su voluntad si quería permanecer en él, ó si quería volver al mundo para amparo de los fieles. Conociendo la piadosa Madre lo que se la proponía, se levantó del trono, y prostrada ante el acatamiento de las tres Personas, dijo: «Señor mío; el volver al mundo y trabajar más en la vida mortal entre los hijos de Adán, ayudando los fieles de vuestra santa Iglesia, ha de ser de gloria y beneplácito de Vuestra Majestad y en beneficio de mis hijos. Yo admito el trabajo y renuncio por ahora este descanso y gozo que de vuestra presencia recibo. Bien conozco lo que poseo, y lo sacrifico al amor que teneis á los hombres. Admitid, Señor, mi sacrificio, y vuestra virtud divina me

gobierne en la empresa que me habeis fiado. Yo me ofrezco de nuevo á trabajar por vuestra gloria, y granjear las almas que pudiere.»

Cumplidos tres días enteros, que María Santísima estuvo en el cielo gozando en alma y cuerpo la gloria de su Hijo y Dios verdadero, admitida su voluntad de volver á la tierra, partió del cielo para el mundo con la bendición de la Santísima Trinidad; acompañada de una multitud de ángeles, llegó al Cenáculo como sustituta de su Hijo santísimo en la nueva Iglesia evangélica, quedando en su ser natural. Despidiéronse de la Reina los santos ángeles, que habían venido á acompañarla desde el cielo, para volverse á él; dando á la tierra nuevos parabienes de que dejaban en ella por moradora á su gran Reina y Señora.

Los tres días primeros que estuvo la divina Madre en el Cenáculo después de haber bajado del cielo, los pasó muy abstraída de todo lo terreno, gozando de la redundancia del júbilo y admirables efectos de la gloria, que en los otros tres había recibido en el cielo.

Pasados estos tres días, conoció que era

ya tiempo de tratar y conversar con los fieles. Hízolo así y miró á los Apóstoles y discípulos con gran ternura, acompañándolos en la oración que hacian los ofreció con lágrimas á su Hijo, y pidió por ellos y por todos los que en los futuros siglos habían de recibir la santa fe católica. Todos los días por la mañana y tarde iba la Virgen á pedir la bendición á los Apóstoles. Primero á Pedro como á Cabeza, luego á Juán, y á los demás por su antigüedad; se resistian al principio los apóstoles, pues la miraban como á Reina y Madre de su Maestro Jesús; mas la prudentísima Señora los obligó, para que todos la bendijesen como sacerdotes y ministros del Altísimo, declarando en esto la suma reverencia y respeto que se les debía.

La Virgen declaró á los once apóstoles que era voluntad del Altísimo, que antes de la venida del Espíritu Santo hubiesen nombrado otro en lugar de Judas, y mandó á San Pedro que esta elección la hiciese en presencia de todos, para que le viesen obrar como Suprema Cabeza de la Iglesia. Así lo hizo San Pedro, pues habiendo juntado á los apóstoles y fieles, les hizo una plática

y al fin les dijo, que convenia eligiesen otro apóstol en lugar de Judas, y el elegido habia de ser alguno de aquellos que habian seguido á Cristo en la predicación desde el bautismo de San Juan.

Se remitió á San Pedro el modo de la eleccion, y determinó el apóstol que de entre los setenta y dos discipulos se nombrasen dos, y entre los dos se sortease y se tuviese por apóstol aquel á quien le cupiese la suerte. Aprobaron todos este modo de elegir, se pusieron en oración, pidiendo á Dios eligiese á quien fuese su voluntad. San Pedro sacó la suerte y cayó sobre Matías; y la Virgen Santísima, que á todo estaba presente, le pidió la bendición, y á su ejemplo lo hicieron los demás fieles, y todos continuaron la oración hasta la venida del Espíritu Santo.

Doctrina que me dió Marta Santísima.

Hija mia: yo sentí los dolores de la pasión de mi Hijo santísimo; y aunque no perdí la vida, experimenté los dolores de la muerte misteriosamente: y á este género de muerte correspondió en mi otra admira-

ble y mística resurrección á más levantado estado de gracia y operaciones.

También quiero que sepas, que me pareció poco lo que yo trabajé, cuando conocí el premio que la Bondad Eterna me tenía prevenido; y por esto dispuso que volviese á la Iglesia militante por mi propia voluntad y elección; á mi me pareció muy debido carecer aquellos años que viví en el mundo de la felicidad que tendría en el cielo, y volver á granjear en el mundo nuevos frutos de obras y agrado del Altísimo. Anímate para imitarme en el tiempo que la santa Iglesia se halla tan rodeada de tribulaciones, sin haber de sus hijos quien procure consolarla. Ora, pide y clama al Todopoderoso por sus fieles, padeciendo: y si fuere necesario, dando por ella tu propia vida.



CAPÍTULO XXXVIII.

De la venida del Espíritu Santo y predicación de los primeros días de los Apóstoles.

EN compañía de la gran Reina perseveraban alegres los apóstoles con los demás discípulos y fieles, aguardando en el cenáculo la promesa del Salvador; sabiendo la Virgen Santísima la hora que el Espíritu Santo había de bajar, en la mañana del día de Pentecostés, previno á todos que orasen y esperasen con mayor fervor, porque muy pronto serían visitados; estando orando todos juntos en la hora de tércia se oyó en el aire un sonido de un espantoso trueno, y un viento, ó espíritu vehemente con grande resplandor como de relámpago y de fuego, y todo se encaminó á la casa del cenáculo, llenándola de luz, y derramándose aquel divino fuego sobre toda aquella santa congregación. Quedó la purísima Señora

transformada y elevada toda en el mismo Altísimo Dios; porque vió intuitivamente y con claridad al Espíritu Santo, y por algún espacio (aunque de paso) gozó de la visión beatífica de la Divinidad. Y de sus dones y efectos recibió sola ella más que todo el resto de los santos.

Los apóstoles fueron también llenos del Espíritu Santo. Sabiendo que los moradores de la ciudad concurrían á las puertas del Cenáculo por lo que se había visto sobre ella en la venida del Espíritu Santo, pidieron licencia á su Reina y Maestra para salir y predicarles. Salieron y comenzaron á predicar los misterios de la fe y salud eterna. Predicando en un idioma, cada uno los oía como si hablaran en el suyo propio, de manera que San Pedro en el primer sermón que hizo convirtió á tres mil. Acabado el sermón, se retiraron los apóstoles al Cenáculo con gran parte de la multitud de los nuevos hijos de la Iglesia, para dar cuenta de todo á la Madre de misericordia, para que la conociesen y venerasen.

El apóstol San Pedro se dirigió á los recién convertidos y les dijo: «Hermanos míos,

esta es la Madre de nuestro Redentor y Maestro Jesús, cuya fe habeis recibido, reconociéndole por Dios y Hombre verdadero; recibidla por Madre, que por ella recibiréis vosotros y nosotros luz, consuelo, remedio de nuestros pecados y miserias». Se prostraron todos á sus piés, y la pidieron les diese la bendición. Se excusó la humilde Señora; y San Pedro la dijo: «Señora, no negueis á estos fieles lo que su piedad pide para consuelo de sus almas». Obedeció María, y dió la bendición á los nuevos convertidos, y les dijo: «Yo me ofrezco por sierva vuestra, para asistirlos en todo lo que fuere necesario, para vuestro consuelo, y rogaré por vosotros á mi Hijo, y le pediré os mire como piadoso Padre, y os manifieste la alegría de su rostro en la felicidad verdadera, y ahora os comunique su gracia. Con esta exhortación quedaron aquellos nuevos hijos de la Iglesia confortados, llenos de luz, veneración y admiración de lo que conocieron de la Señora del mundo, y pidiéndola de nuevo su bendición se despidieron de su presencia, renovados y mejorados con admirables dones de la diestra del Altísimo.

Muchos de aquellos fieles, con el concepto tan alto que sacaban de oír y ver á la gran Señora, volvian á ella y le llevaban joyas, y grandes dones, y las mujeres se depojaban de sus galas para ofrecerlas á la divina Maestra. Pero ninguna de estas cosas admitió, y si alguna convenia recibir, disponia los ánimos para que acudiesen á los apóstoles, y ellos la repartiesen á los fieles más pobres y necesidades: pero agradecíalo la humilde Madre, como si lo recibiera para sí misma.

A los pobres y enfermos admitia con inefable clemencia, y á muchos curaba de enfermedades envejecidas: y como los apóstoles y discípulos se ocupaban todo el día en la predicación y conversión de los que venían á la fe, cuidaba la gran Reina de prevenirles lo necesario para su comida y sustento; y llegaba la hora, servia personalmente á los sacerdotes, hincadas las rodillas, y pidiéndoles la mano con increíble humildad y reverencia para besársela.

Como los apóstoles continuasen la predicación, crecia también el número de los creyentes, que en los siete días después de la venida del Espíritu Santo llegaron á cinco

mil. Los discípulos los catequizaban, ayudándoles la Virgen Santísima, que catequizó á muchos, de los cuales ninguno se condenó, pues ella oró para que todos fuesen inscritos en el libro de la vida. Viendo la Virgen que se multiplicaba el número de los fieles, pidió á su divino Hijo que diese luz á los apóstoles, para que dispusiesen todo lo conveniente para el buen gobierno de la Iglesia y de los fieles, y que les inspirase que los fieles fuesen bautizados, si era su voluntad, y al mismo tiempo se empezase á celebrar la primera Misa, y distribuir el pan de vida á los fieles. Su divino Hijo le respondió: «Hágase como tu pides, mis apóstoles Pedro y Juan te hablarán y ordenarás por ellos lo que deseas para que se ejecute».

Entraron los apóstoles en la presencia de la Virgen, la que los recibió puesta de rodillas y pidió la bendición á San Pedro, y se la dió San Pedro; en nombre de todos habló á la Virgen y la dijo: «que los nuevos convertidos estaban ya catequizados, y que sería justo darles el Bautismo, y agregarlos al gremio de la Iglesia». La prudentísima Señora respondió: Vos sois Cabeza de

la Iglesia, y todo lo que en su nombre por vos fuere ordenado lo aprobará su voluntad santísima, y la mia es la suya, con la vuestra». Con esto San Pedro ordenó que el día siguiente, que correspondió al domingo de la Santísima Trinidad, se diese el santo Bautismo á los Catecúmenos; y así lo aprobaron la Virgen y los demás apóstoles.

A más la santísima Madre, después de haber pedido licencia á los apóstoles para hablar, con una elocuente y dulce plática los hizo ver que, como Sacerdotes que eran, y que podían consagrar el Cuerpo y Sangre de su divino Hijo, era su deseo, si era su voluntad, que se celebrase la primera Misa, para que pudiesen ser admitidos á la sagrada Mesa todos aquellos que estuviesen preparados. Los apóstoles se conformaron á lo propuesto por la piadosa Madre, y quedó acordado que el día siguiente después de haber bautizado á los Catecúmenos, San Pedro, como Cabeza de la Iglesia, celebraría la primera Misa, y se distribuiría el Cuerpo y Sangre de Jesucristo á los fieles.

Concluida la junta, los apóstoles salieron á continuar su ministerio, los fieles á prepa-

rar á los Catecúmenos para recibir el bautismo, y la Virgen María con la asistencia de las Marías á disponer y adornar la Sala, donde su Hijo santísimo celebró las Cenas, y por su mano la limpió y barrió, para volver á consagrar en ella, como estaba tratado. Pidió al dueño de la casa el mismo adorno que se puso el Jueves de la Cena, y el devoto huésped lo ofreció todo por la suma veneración en que tenía á María Santísima. Previno el pan cenceño y vino necesario para la consagración, y también el mismo plato y Caliz eu que había consagrado nuestro Salvador. Y para el bautismo previno agua pura, y bacías en que se hiciese con facilidad y decencia. Con esta prevención se retiró la piadosa Madre, y pasó aquella noche en fervorosa oración, para disponerse dignamente para la Comunión y orando por los demás, y por los que debían ser bautizados.

*Doctrina que me dió la Reina
de los ángeles.*

Hija mia, poco agradecidos son los hijos de la Iglesia al beneficio que les hizo el

Altísimo, enviando á ella el Espíritu Santo. Tanta fué la caridad con que los quiso amar, que para hacerlos participantes de sus divinas perfecciones envió primero al Hijo, que es la Sabiduría, y después el Espíritu Santo, que es el mismo Amor, para que con estos atributos fuesen enriquecidos en el modo que todos eran capaces de recibirlos. Y aunque vino el divino Espíritu en la primera vez sobre los apóstoles y los demás que con ellos estaban; pero en aquella venida dió prendas de que haría el mismo favor á los demás hijos de la Iglesia, comunicando á todos sus dones, si se dispusieren para recibirlos. En fé de esta verdad, venla el mismo Espíritu Santo sobre muchos de los creyentes en efectos visibles, como ahora viene en muchas almas justas aunque no con señales tan manifiestas como entonces, porque no es necesario ni conveniente.

CAPÍTULO XXXIX.

Del bautismo de los fieles y primera Misa que celebró San Pedro.

AL día siguiente por la mañana se juntaron en la casa del Cenáculo todos los fieles y Catecúmenos con los apóstoles y discípulos, y congregados les predicó San Pedro, declarándoles la excelencia del bautismo, la necesidad que de él tenían, y los efectos que causaba. Declaróles la verdad del Misterio de la Eucaristía, que se había de celebrar consagrando el verdadero Cuerpo y Sangre de Jesucristo, para que todos le adorasen y se preparasen los que después del bautismo le habían de recibir. Luego se comenzó el bautismo por mano de los apóstoles con gran orden y devoción, y bautizaron á más de cinco mil.

Mientras los bautizados daban gracias por tan admirable beneficio, los apóstoles, discípulos y otros fieles se pusieron en

oración, preparándose para comulgar. Dijeron las mismas oraciones y Salmos que Cristo Nuestro Señor habla dicho antes de consagrar, imitando en todo aquella acción, como lo habían visto hacer á su divino Maestro. San Pedro tomó en sus manos el pán ázimo y lo consagró, como igualmente el vino del cáliz. Luego se comulgó el apostol á si mismo, y en seguida á los once apóstoles, á la Virgen Santísima y demás fieles hasta el número de mil, pues los demás no estaban preparados.

La Virgen, para llegar al altar hizo tres humillaciones y postraciones, hasta llegar con su rostro al suelo; y volvió luego á su lugar. Acabada la Comunión, San Pedro dió fin á la Misa con algunas oraciones y Salmos.

No es posible manifestar con palabras los efectos que hizo á la Virgen la sagrada Comunión de la Eucaristía, porque toda fué trasformada y elevada, toda absorta en aquel divino incendio del amor de su Hijo santísimo, que con su cuerpo sagrado participó quedó elevada y abstraída; pero los santos ángeles encubrieron algo por voluntad de la misma Reina, para que los cir-

cunstantes no atendiesen más de lo que convenía á los efectos divinos que en ella se pudieron conocer. Las especies sacramentales por medio de milagro se conservaban en María Santísima de una comunión para otra, y así estuvo siempre con su Madre mientras vivió, verificándose que María fué el Templo y Sagrario en que por algunos años se conservó el Santísimo Sacramento.

Doctrina que me dió la gran Reina.

Hija mía; cuando en el cielo el Altísimo me dió título de Madre de la santa Iglesia y de su Maestra, entonces me infundió una participación inefable de su caridad y misericordia con los hijos de Adán. De manera que cuando se perdía alguno de los fieles, padecía mucho más que los Mártires en sus tormentos. Y si tal fuerza tuvo en mí el amor de Dios para con los prójimos, ¿cuál sería la que sentía con el mismo Señor cuando le recibía sacramentado? En esto te declaro un secreto de lo que me sucedió la primera vez que le recibí de mano de San Pedro, que en esta ocasión dió lugar

el Altísimo á la violencia de mi amor hasta que mi corazón se abrió realmente, y dió lugar, como yo lo deseaba, para que mi Hijo Sacramentado entrase y se depositase en él como rey en su legitimo trono y custodia. Con esto entenderáas, que si en la gloria de puro gozo pudiera tener dolor, una de las causas que me la diera mayor, es la formidable grosería y atrevimiento de los hombres en llegar á recibir el sagrado Cuerpo de mi Hijo; unos inmundos y abominables, otros sin veneración y casi todos sin atención.



CAPÍTULO XL.

Las Apóstoles hacen el Credo y salen á predicar á todo el mundo.

CONSIDERANDO María Santísima, que para el buen gobierno de la Iglesia era conveniente reducir á una breve suma todos los misterios divinos que los apóstoles habían de predicar y los fieles creer, representó sus deseos al mismo Señor que se los daba, y por más de cuarenta días perseveró en esta oración con ayunos, postraciones y otros ejercicios. Su Hijo santísimo descendió de los cielos y la dijo: «Madre mía, descansad en vuestras ansias afectuosas, pues nada negaré á vuestras peticiones y deseos». Estuvo algún rato con su Hijo y Señor con altísimos y misteriosos coloquios, con que se templaron las ansias que padecía por los cuidados de la Iglesia.

Despidióse Cristo de su beatísima Madre y se volvió á la diestra de su Eterno Pa-

dre. Y luego inspiró á San Pedro y demás apóstoles, que ordenasen el símbolo de la fe universal de la Iglesia. Con esta moción fueron á consultar á la divina Maestra la conveniencia y necesidad de esta resolución. Acordaron ayunar diez días continuos: y perseverar en oración para que fuesen ilustrados del Espíritu Santo. Pasados diez días se juntaron los apóstoles en presencia de la gran Madre y Maestra, y después de haber San Pedro explicado la necesidad de declarar con decreto invariable los artículos que ha de recibir la Iglesia Santa para perseverar hasta el fin del mundo; celebró el santo sacrificio de la Misa y comulgó á la Virgen y demás apóstoles, y acabada, se postraron en tierra, orando é invocando al divino Espíritu, y lo mismo hizo la Virgen. Habiendo orado algun espacio de tiempo, se oyó un trueno, como cuando el Espíritu Santo vino la primera vez sobre todos los que estaban congregados, y al punto fué lleno de luz y resplandor admirable el Cenáculo donde estaban, y todos fueron ilustrados y llenos del Espíritu Santo. La Virgen les pidió, que cada uno pronunciase y declarase un Misterio. Empezó San Pedro:

«Creo en Dios Padre, etc.,» y juntos compusieron el Credo, y al punto de acabarlo de pronunciar, se oyó una voz que dijo: «Bien habeis determinado».

Luego la Virgen puesta de rodillas á los piés de San Pedro, confesó la santa fe Católica como se contiene en el Símbolo, para ejemplo y edificación de los fieles. La misma hizo con sus manos innumerables copias del Símbolo, y las remitió á los discípulos y otros fieles, y éstos con poner el Símbolo sobre los enfermos, muertos y endemoniados, recobraban la salud los enfermos, resucitaban los difuntos, y expellian á los demonios.

Pasado un año de la muerte del Salvador, por inspiración divina trataron los apóstoles de predicar la fe por todo el mundo, y para saber la voluntad del Señor en la distribución de los reinos y provincias, que cada uno había de predicar, por consejo de la Virgen Madre determinaron ayunar y orar diez días continuos. Cumplidos estos, celebró Misa San Pedro, comulgó en ella la Virgen Santísima y los once apóstoles, se pusieron todos en oración invocando al Espíritu Santo para que les asistiese y ma-

nifestase su voluntad en aquel negocio. Luego San Pedro les habló, y acabado de hablar descendió sobre el Cenáculo una admirable luz, y se oyó una voz que dijo: «Mi Vicario Pedro señale á cada uno las Provincias, y esa será su suerte». Yo le gobernaré y asistiré con mi luz y espíritu. Concluido el repartimiento, se llenó el Cenáculo de resplandor y se oyó una voz que dijo: «Admitid cada uno la suerte que le ha tocado».

La Reina de los ángeles estaba presente á todo esto, y le era patente cuanto el poder divino obraba en los apóstoles y en ella misma. Ella oró por todos los apóstoles, y su divino Hijo la prometió que los guardaría y asistiría, y al fin los premiaría según sus trabajos y merecimientos. Con esta promesa quedó la Virgen llena de júbilo, y exhortó á los apóstoles que saliesen alegres á la conversión del mundo. Besó la mano á cada uno, les pidió su bendición, y les ofreció su intercesión con el Señor.

Pocos días después empezaron á salir los apóstoles, pero primero iban á visitar los Santos Lugares, después al Cenáculo, vene-

raban los santos Misterios que allí se habían obrado y se despedían de la Virgen, encomendándose de nuevo á su protección. La Virgen hizo por cada apóstol una túnica, tejida semejante á la de su Hijo, del color entre morado y cereza, é hizo juntamente doce cruces con sus astas de la altura de las personas de los apóstoles, y dió á cada uno la suya, para que la llevasen consigo, tanto en testimonio de lo que predicaban, como para consuelo espiritual de sus trabajos. Á más les dió á cada uno una cajilla pequeña de metal, y en cada una puso tres espinas de la Corona de su santísimo Hijo, y algunas partes de los paños en que envolvió al Señor cuando era niño, y otros con los que limpió y recibió su preciosísima sangre en la circuncisión y pasión, y les dijo, que aquellas prendas, que á cada uno entregaba, era el mayor tesoro que tenía para enriquecerlos, y despedirlos en sus peregrinaciones. Los apóstoles las recibieron con lágrimas de veneración y de júbilo.

Doctrina de la Reina de los ángeles.

Hija mía, después que los apóstoles ordenaron el Credo, le repelia yo muchas veces al día puesta de rodillas y con profunda reverencia. Cuando llegaba á pronunciar aquel artículo que «nació de María Virgen» me postraba en tierra con tal humildad, agradecimiento y alabanza del Altísimo, que ninguna criatura lo puede comprender. Y en estos actos tenía presentes todos los mortales, para hacerlos también por ellos, y suplir la irreverencia con que habían de pronunciar tan venerables palabras. Por mi intercesión ha ilustrado el Señor á la Iglesia para que repita tantas veces en el Oficio divino el Credo, Ave-María y Pater-noster.

Muchas veces los santos ángeles solían cantarme el Credo con celestial armonía y suavidad, con que mi espíritu se alegraba en el Señor.

Hijo mío, después de los oportunos oráculos
dieron el Cálculo á las cosas
al día siguiente de volutas y con profunda

CAPÍTULO XLI.

Se prepara una gran persecución contra la Iglesia, y visita la Virgen á Santiago en Zaragoza.

LA tristeza se reflejaba en la cara de la piadosa Reina, aunque guardaba suma tranquilidad y sosiego interior, y por eso San Juan pidió al Señor le manifestase lo que debía hacer en obsequio y servicio de tan digna Madre. Quería San Juan preguntarla la causa de su pena, pero no se atrevía por el temor santo y el respeto con que la miraba; y aunque alentado interiormente llegó tres veces á la puerta del oratorio donde estaba, pero le detuvo el encogimiento para no entrar á preguntarla lo que deseaba. Conociendo la divina Madre lo que pasaba á San Juan, por el respeto que le tenía como á sacerdote y ministro del Señor, se levantó de la oración y salió donde estaba, y le dijo: «Señor, decidme lo que mandais

á vuestra sierva» «Señora mia, la razón y el deseo de serviros me ha obligado á reparar vuestra tristeza y pensar que teneis alguna pena de la que deseo veros aliviada». La Virgen, puesta de rodillas á los piés de San Juan, le pidió la bendición, le besó la mano y le dijo: «Causa tiene mi dolor, porque el Señor me ha manifestado las tribulaciones que han de venir á la Iglesia, y las persecuciones que han de padecer todos sus hijos, y mayores los apóstoles». Esta ciudad de Jerusalén se turbará la primera y en ella quitarán la vida á uno de los apóstoles, y otros serán presos y afligidos. Se turbó San Juan con esta noticia, pero con el esfuerzo de la divina gracia respondió, diciendo: «Madre y Señora mia, no ignora vuestra sabiduría, que de estos trabajos y tribulaciones sacará el Altísimo grandes frutos para la Iglesia y fieles, y que los asistirá en su tribulación. Aparejados estamos los apóstoles para sacrificar nuestras vidas por el Señor; pero ya que en esta ciudad se ha de ejecutar lo fuerte de la persecución, paréceme, Madre mia, que no es justo la espereis en ella».

La gran Reina, con el amor y compasión

de los apóstoles y todos los fieles, se inclinaba á quedarse en Jerusalén para consolar y animar á todos en la tribulación que les amenazaba. Pero sin manifestar al Evangelista este afecto, porque salía de su dictámen, le dijo, que ordenase y dispusiese aquello que juzgaba por más conveniente, que á todo obedecería como súbdita, y pediría al Señor le gobernase con su divina luz, para que eligiese aquello que fuese de su mayor agrado. La piadosa Madre lo pidió al Señor, y la respondió: «Obedeced á Juan, y caminad á Éfeso, que allí quiero manifestar mi clemencia con algunas almas por medio de vuestra presencia y asistencia».

Todo el cuidado de nuestra gran Madre era la dilatación de la Iglesia, por esto para consuelo de los apóstoles, discípulos y de los otros fieles, ordenó y dispuso muchas cosas, para prevenir todo lo que en su ausencia le pareció conveniente. Pidió y oró por los apóstoles y principalmente por Santiago, que sabia sería el primero que derramaría su sangre por Cristo Nuestro Señor. En medio de estas peticiones vió á su Hijo que, acompañado de innumerables ángeles,

bajaba á visitarla y la dijo: «Ya sabeis que Jaime, mi fiel siervo, es el primero que padecerá martirio aquí en Jerusalén; és mi voluntad que le visiteis en Zaragoza, donde está ahora, y que le ordeneis que vuelva á Jerusalén, però antes que parta de aquella ciudad, edifique en ella un templo á honra y título de vuestro nombre». Obedeció la Señora, un grande número de ángeles formaron un trono real, y la pusieron en él como á Reina y Señora de todo lo criado, y se dirigió á Zaragoza, en España, en alma y cuerpo mortal.

Se encontraba el apóstol con sus discípulos fuera de la ciudad, y apartado un poco de ellos, estaba en altísima oración, mientras que algunos de los discípulos dormían y otros oraban como su Maestro. Una música angelical despertó á los que dormían y reconocieron en el aire una luz más clara que si fuera el medio día, y vieron que los santos ángeles pusieron el trono de su Reina y Señora delante del apóstol, que más que los discípulos sentía la música y percibía la luz. La Reina del cielo se dejó ver de Santiago desde el trono, rodeada de los coros de ángeles; el dichoso apóstol se pos-

tró en tierra y con profunda reverencia adoró á la Madre de su Criador y Redentor, la piadosa Reina le dió la bendición en nombre de su Hijo, y le dijo: «Hijo mio, Jaime, este lugar ha señalado y destinado el Altísimo y todo poderoso Dios del cielo, para que en la tierra le consagreis y dediqueis en él un templo y casa de oración, donde, debajo del título de mi nombre, quiere que el suyo sea ensalzado y engrandecido, y que los tesoros de la divina gracia se comuniquen, franqueando liberalmente sus antiguas misericordias con todos los fieles, y que por mi intercesión las alcancen, si las pidieren con verdadera fe y piadosa devoción. Yo, en nombre del Todopoderoso, les prometo grandes favores y bendiciones de dulzura, mi verdadera protección y amparo; porque este ha de ser templo y casa mia, mi propia herencia y posesión. Y en testimonio de esta verdad y promesa, quedará aquí esta columna y colocada mi propia imagen, que en este lugar, donde edificareis mi templo, perseverará y durará con la santa fe, hasta el fin del mundo.

Dareis luego principio á esta casa del Señor; y, habiéndole hecho este servicio,

partireis á Jerusalén, donde mi Hijo santísimo quiere que le ofrezcais el sacrificio de vuestra vida, en el mismo lugar en que dió la suya para la redención humana. Dió fin la gran Reina á su razonamiento, mandando á los ángeles que colocasen la columna, y sobre ella la santa Imagen en el mismo puesto que hoy están. Santiago se postró en tierra, y celebró con los ángeles la nueva y primera dedicación de templo, que se instituyó en el Orbe después de la redención humana y en nombre de la Virgen. Dió humildes gracias nuestro apóstol á María Santísima, y le pidió el amparo de este reino de España con especial protección, y mucho más de aquel lugar consagrado á su devoción y nombre. Todo se le ofreció la divina Madre, y dándole de nuevo su bendición, se volvió á Jerusalén.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, cuando conocí el intento de Lucifer para perseguirme á mí y á la santa Iglesia, multipliqué las peticiones, lágrimas, suspiros y oraciones: y aunque yo pudiera estar con menor temor en la ciu-

dad, la desamparé para dar ejemplo de cautela y de obediencia; de lo uno, alejándome del peligro, y de lo otro, gobernándome por la voluntad y obediencia de San Juan. Tú tienes mis obras y vida por ejemplo, y así quiero, que en reconociendo el peligro te alejes de él y te arrimes á la obediencia de quien te gobierna, no te fies de tu dictámen, aunque te parezca bueno y seguro, no dificultes obedecer en cosa alguna, pues yo por la obediencia sali á peregrinar con muchos trabajos y descomodidades. Corre por el camino de la humildad y obediencia, que si me obedecieres yo te asistiré como á hija en tus necesidades y tribulaciones. Magnifica y engrandece al Altísimo por el favor que hizo á mi siervo Jaime en Zaragoza, y por el Templo que allí me edificó antes de mi tránsito, pues aquel Templo fué el primero de la ley evangélica y de sumo agrado para la beatísima Trinidad.



CAPÍTULO XLII.

De la ida de la Virgen Santísima á Éfeso y de lo que obró allí.

EL apóstol San Juan dió aviso á la Virgen que era tiempo de partir, porque todo estaba aparejado. La gran Maestra de la obediencia se puso de rodillas, pidió licencia al Señor para salir de Jerusalén, y se fué á despedir del dueño de la casa y de sus moradores. Pidió licencia á San Juan para visitar los santos lugares, y en compañía del apóstol los visitó, y después de visitados, se dirigieron los dos al mar, valiéndose la Virgen de un humilde jumentillo.

Llegaron al puerto, y se embarcaron en una nave con otros viajeros. Cuando María Santísima vió el mar y sus peces y los demás animales marítimos, les dió á todos su bendición, acudieron con increíble velocidad una multitud de peces de todo género,

y rodeando la nave descubrían las cabezas fuera del agua, como reconociendo á la Reina y Señora de las criaturas, y eran tantos, que impedían á la nave caminar. San Juan pidió á la divina Madre les diese otra vez su bendición y licencia para que se fuesen.

Llegaron á Éfeso, y luego que los fieles supieron la llegada de la Madre de Cristo, fueron á visitarla, y á ofrecerle sus posadas y haciendas para su servicio. La gran Reina eligió para su morada la casa de unas mujeres recogidas, retiradas y no ricas, que vivían solas sin compañía de varones. La señalaron un aposento muy retirado y otro para San Juan. La gran Reina se retiró á su aposento, y postrada en tierra adoró al Altísimo y se ofreció para servirle en aquella ciudad, pidió por la Iglesia santa y se dispuso para hacer bien y ayudar desde allí á los fieles.

Cuando Santiago tuvo la capilla del Pilar de Zaragoza en la disposición que convenia, se dirigió á Éfeso, y al llegar se prostró á los pies de María Santísima, derramando muchas lágrimas de júbilo y de veneración, y la dió gracias por los innume-

rables favores que le había hecho. La divina Madre le levantó del suelo y le dijo: «Señor mio, advertid que sois ungido del Señor, y yo un humilde gusanillo». Se arrodilló la Señora y le pidió la bendición como á sacerdote del Altísimo.

Al despedirse Jaime de la Virgen, después de haber estado algunos días en su amable compañía, le dijo: «Jaime, hijo mió, estos serán los últimos y pocos días de vuestra vida». Ya sabeis cuan de corazón os amo; en lo que os restáre de vida, deseo manifestaros este amor, y me ofrezco hacer todo cuanto pudiere, como verdadera Madre. Le animó para sufrir el martirio y le dió la bendición. Se despidió Jaime de su hermano Juan, con lágrimas no tanto de tristeza como de júbilo por la dicha de ser el primero de los apóstoles en sufrir el martirio, y se partió para Jerusalén.

Entró Santiago en Jerusalén predicando á Jesús crucificado, su muerte y resurrección. Hizo algunas conversiones, fué preso y condenado á morir degollado. Invocó el socorro de la Virgen, y ésta, al oír sus súplicas, vió que bajaban del cielo gran multitud de ángeles y uno de los supremos

la dijo: «El Señor Dios de los ejércitos dice, que luego vayais á Jerusalén para consolar á Jaime, asistirle en su muerte y correspondais á sus deseos santos y piadosos». Los santos ángeles recibieron á su Reina en un trono y la llevaron á Jerusalén al lugar donde llegaba Santiago para ser ajusticiado. El santo apóstol puso las rodillas en tierra para ofrecer á Dios el sacrificio de su vida, y al levantar los ojos al cielo, vió en el aire la Reina, se recomendó á ella, le pidió su bendición, y, al ser degollado, la gran Señora recibió su alma, la llevó al cielo y la presentó á su Hijo santísimo.

Herodes puso en prisión á San Pedro, le cargó de cadenas para ajusticiarle pasada la Pascua. Los fieles oraban por la libertad del Sumo Pontífice, no menos lo hacia la piadosa Madre: su Hijo bajó del cielo y puesto á la presencia de su Madre la dijo «que pidiese lo que queria, pues sería oida:» «Si es voluntad vuestra, le respondió la piadosa Madre, irá uno de vuestros ángeles á sacar de las prisiones á vuestro siervo Pedro;» y así se ejecutó.

Predicaba San Juan en Éfeso, confirman-

do la predicación con grandes milagros y prodigios, convirtiendo á muchos, á los que remitía á María Santísima de quienes catequizaba á muchos.

La Virgen Santísima, durante el tiempo que estuvo en Éfeso, acudía á los enfermos y hospitales, servía y curaba aquellos por sí misma, libraba endemoniados y socorría á los pobres necesitados, trabajando para esto con sus manos, tenía en su casa ropa y vestiduras para los más pobres y necesitados. Ayudaba á muchos en la hora de la muerte, y fueron tantas las almas que trajo al camino de la verdad y vida eterna, que ningún día se pasaba en que no acrecentase la hacienda del Señor con abundantes almas que le adquiría.

Logró la poderosa Reina con sus oraciones que el templo de Diana fuese destruido, salvándose sólo nueve de aquellas mujeres que después se convirtieron, y que la piadosa Madre juntó con otras hasta el número de setenta y tres, dándolas reglas é instrucciones necesarias para ser verdaderas esposas de Jesucristo.

Muerto Herodes, la Iglesia de Jerusalén volvió á recobrar por muchos días algún

desahogo y tranquilidad, volvió San Pedro á ella, y escribió á la Madre de Jesús volviere á Jerusalén. Entregó la carta á la divina Señora un propio, dándosela la dijo que era del apóstol; la recibió de rodillas y la besó. Luego que llegó San Juan, le entregó la carta para que la leyese. La leyó San Juan y la preguntó que le parecía; y le respondió: Hijo y Señor mio, ordenad lo que más conviene; y el Evangelista dijo, que le parecía razón obedecer á San Pedro y volverse luego á Jerusalén. Justo y debido es, respondió María purísima, obedecer á la Cabeza de la Iglesia; disponer luego la partida. San Juan se fué á buscar embarcación y prevenir todo lo necesario; y la Virgen María se despidió de aquellas piadosas mujeres y señaló para superiora una de aquellas que la hospedaron y de cuya era la casa. Llegó el día de partir, y la humilde pidió la bendición á San Juan y se fueron juntos á embarcar. Al llegar á Jerusalén, se fué derecha á la casa del Cenáculo, y puesta de rodillas á la presencia de San Pedro, le pidió la bendición, pidióle la mano y se la besó. Tanto San Pedro como los discípulos y fieles de Jerusalén, recibieron

á su Maestra y Señora con indecible gozo y se postraron á sus piés, agradeciéndola hubiese venido á llenarlos de alegría.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mia, quiero que me imites en ser muy circunspecta y de espíritu pobre, en satisfacer á tus necesidades sin muchas comodidades, aunque te las ofrezcan los que te quieren bien. Elige siempre en esto ó admite lo más pobre, moderado, desechado y humilde; pues de otra manera no puedes imitarme, ni seguir mi espíritu, con que despedí todas las comodidades, ostentación y abundancia que los fieles me ofrecieron en Éfeso para mi habitación, yo admití lo menos que me bastaba. En esta virtud están encerradas muchas, que hacen muy dichosa la criatura, y el mundo engañado y ciego se paga y se arroja á todo lo contrario de esta virtud y verdad.



CAPÍTULO XLIII.

De cómo celebraba María Santísima su Inmaculada Concepción, Natividad y otras festividades.

PARA celebrar María su Inmaculada Concepción, comenzaba la tarde antes del ocho de Diciembre y ocupaba toda la noche en admirables ejercicios y lágrimas de gozo, humillaciones, postraciones y cánticos de alabanza y loores del Señor. Considerábase formada del común barro, y descendiente de Adán, pero elegida y preservada sola ella del pecado, y concebida con tanta plenitud de dones y de gracias. Convidaba á los ángeles para que la ayudasen á ser agradecida; y con ellos alternaba los nuevos cánticos que hacía.

Después de haber gastado casi toda la noche en estos ejercicios, descendía del cielo Cristo nuestro Salvador, y los ángeles la levantaban á su real trono, y la llevaban en

él al cielo empíreo, donde se continuaba la celebridad de la fiesta. Allí la beatísima Madre se postraba y adoraba á la Santísima Trinidad, y de nuevo daba gracias por el beneficio de su inmunidad y Concepción Inmaculada. Luego la volvían á la diestra de Cristo su Hijo santísimo, y estando así, el mismo Señor hacía un género de confesión y alabanza al Eterno Padre, porque la había dado Madre tan digna y llena de gracia, y exenta de la común culpa de los hijos de Adán. Y de nuevo confirmaban las tres Divinas Personas aquel privilegio. Y para testificar de nuevo á los bienaventurados esta verdad, salía una voz del trono en nombre de la persona del Padre, que decía: «Hermosos son tus pasos, hija del Príncipe, y concebida sin mancha de pecado». Otra voz del Hijo decía: «Purísima es y sin contagio de la culpa mi Madre, que me dió forma para redimir á los hombres». Y el Espíritu Santo decía: «Toda es hermosa mi Esposa, toda es hermosa y sin mancha de la común culpa».

Tras de estas voces se oían las de todos los coros de los ángeles y santos, que con armonía dulcísima decían: María Santísima

concebida sin pecado original. A todos estos favores respondia la prudentísima Madre con agradecimiento, y con tan profunda humildad, que excedia á todo pensamiento angélico. Y para concluir la solemnidad, era levantada á la visión beatífica de la Santísima Trinidad, y gozaba por algunas horas de esta gloria, y después la volvían los ángeles al Cenáculo. De este modo se continuó la celebridad de su Concepción Inmaculada, después de la Ascensión de su Hijo santísimo á los cielos.

Celebraba María Santísima la fiesta de su nacimiento á ocho de Septiembre en que nació, y comenzaba á las primeras horas de la noche con los mismos ejercicios, postraciones y cánticos que en la Concepción. Aunque no era llevada al cielo como el día de su Concepción, pero de allá descendía su Hijo santísimo á su oratoria con muchos coros de ángeles con los antiguos Patriarcas y Profetas, y señaladamente con San Joaquín, Santa Ana y San José. Con esta compañía bajaba Cristo á celebrar la Natividad de su beatísima Madre en la tierra. La purísima Virgen, en presencia de aquella celestial compañía, le adoraba con admirable

reverencia y culto, y de nuevo le daba gracias por haberla traído al mundo, y por los beneficios que para esto la había hecho. Luego los ángeles cantaban: «Tu nacimiento, ó Madre de Dios, anunció á todo el universo grande gozo, porque de ti nació el sol de justicia, Cristo nuestro Dios». Los Patriarcas y Profetas también hacían sus cánticos de gloria y de agradecimiento; Adán y Eva, porque había nacido la Reparadora de su daño; los Padres y Esposo de la Reina, porque les había dado tal Hija y Esposa. Luego el mismo Señor levantaba á la divina Madre de la tierra donde estaba postrada y la colocaba á su diestra; y en aquel lugar se le manifestaban nuevos misterios con la vista de la Divinidad, abstractiva, con mayor claridad y aumentos de la divina luz.

Con estos favores quedaba de nuevo transformada en su Hijo santísimo, encendida y espiritualizada para trabajar en la Iglesia, como si comenzára de nuevo. En estas ocasiones mereció San Juan participar algunos gajes de la fiesta, oyendo la música con que los ángeles la celebraban. Y estando el mismo Señor en el oratorio con los án-

geles y santos que le asistían, decía misa el Evangelista y comulgaba la gran Reina, asistiendo á la diestra de su mismo Hijo á quien sacramentado recibía en su pecho. En recibiendo la gran Señora á su Hijo sacramentado, la dejaba éste recogida consigo mismo en aquella forma; y en la que tenía gloriosa y natural se volvía á los cielos.

Celebraba María Santísima todos los años el día que correspondía á su presentación en el Templo, comenzando la vigilia por la tarde y gastando toda la noche en ejercicios y hacimiento de gracias como en la Concepción y Natividad. Reconocía el beneficio de haberla llevado el Señor á su Templo en tan pequeña edad, y todos los favores que en ella recibió mientras allí estuvo. Pero lo más admirable de esta fiesta es, que estando la gran Señora llena de divina sabiduría, renovaba en su memoria los documentos y doctrina que el Sacerdote y su Maestra la habían dado en su niñez en el Templo. El mismo cuidado tenía de lo que sus santos padres Joaquín y Ana la habían enseñado, y luego todo lo que los apóstoles la habían advertido.

Cuando celebraba esta fiesta, sentía la

gran Señora algún cariño como natural al retiró que tuvo en el Templo, no obstante que prontamente obedeció al Señor en dejarle. Descendía Su Majestad del cielo este día con la magnífica grandeza y compañía de ángeles que en otras ocasiones; y llamando á su beatísima Madre en su oratorio, la decía: «Madre mia, y Paloma mia, venid á mi que soy vuestro Dios y vuestro Hijo. Yo quiero daros templo y habitación más alta, más segura y divina, que será en mi propio ser: venid, carísima y amiga mia, á vuestra legítima morada». Con estas dulcísimas palabras levantaban los Serafines del suelo á su Reina, y con música celestial la colocaban á la diestra del mismo Señor. Sentía luego que la Divinidad de Cristo la llenaba toda como á templo de su gloria, y que la bañaba, vestía y rodeaba toda como el mar al pez que en sí tiene: y con este linaje de unión y como contacto divino sentía nuevos é indecibles efectos.

El fin de este día era dar gracias al Omnipotente por los Patriarcas y Profetas antiguos desde Adán hasta sus padres naturales, en quien se concluían. Volvía luego á sus padres San Joaquín y Santa

Ana, y les daba gracias porque tan niña la ofrecieron á Dios en el Templo; pedtales que en la celestial Jerusalén, donde gozaban de la visión beatífica, agradeciesen por ella este beneficio; y que pidiesen al muy Alto la enseñase á ser agradecida, y la gobernase en todas sus obras. Y sobre todo les tornaba rogar diesen gracias al Omnipotente Señor, por haberla hecho exenta del pecado original para elegirla por Madre suya.

Las fiestas de San Joaquín y Santa Ana, las celebraba María Santísima casi con estas mismas ceremonias, y entrambos santos descendían al oratorio con Cristo nuestro Salvador y con innumerables ángeles; y con ellos daba gracias por haberla dado Padres tan santos y conformes á la divina voluntad, y por la gloria con que los habla remunerado. Por todas estas obras del Señor hacia nuevos cánticos con los ángeles, y ellos los repetían con música dulcísima y sonora. Al fin de todos estos misterios, la gran Señora pedía la bendición á sus Padres; y se volvían ellos al cielo, quedando ella postrada en tierra, agradeciendo de nuevo aquellos beneficios.

En la fiesta de su castísimo y santísimo Esposo, celebraba el desposorio en que se lo dió el Señor por compañero fidelísimo, para ocultar los misterios de la Encarnación del Verbo, y para ejecutar los secretos y obras de la redención humana. Descendia á la fiesta el santísimo José con resplandores de gloria y millares de ángeles que le acompañaban, y con su música celebraban la solemnidad con grande júbilo y dulzura, y cantaban los himnos y nuevos cánticos que hacia la divina Maestra, para agradecimiento de los beneficios que su santo Esposo y ella misma habían recibido de la mano del Altísimo.

Después de haber gastado en esto muchas horas, hablaba con el glorioso José sobre las perfecciones y atributos divinos: y para despedirse del santo Esposo, le pedia rogase por ella en la presencia de la Divinidad, y la alabase en su nombre. Encomendábale también las necesidades de la Iglesia y de los apóstoles, para que rogase por todos; y sobre esto le pedia la bendición, con que el glorioso Santo se volvia á los cielos. A más, para celebrar estos favores, añadía en los días ya señalados, y

en otros que diré adelante, dar de comer á muchos pobres aderezándoles la comida, y sirviéndoles por sus manos, puesta de rodillas en su presencia. Aderezaba otra comida de más regalo para enviar á los hospitales á los enfermos pobres, y después iba ella á consolarlos y remediarlos con su presencia.

Doctrina de la Reina de los ángeles.

Hija mia, el pecado de la ingratitud con Dios es uno de los más feos que cometen los hombres. ¡Cuántos hay que en toda su vida no han hecho un acto de verdadero agradecimiento á Dios, porque se la dió, porque se la conserva, porque les da salud, fuerzas, alimentos, honra y hacienda, con otros bienes temporales y naturales! Otros hay, que si alguna vez agradecen estos beneficios, no lo hacen porque de verdad aman á Dios, que se los ha dado, sino por el amor que tienen á sí mismos, y porque se deleitan en estas cosas temporales y terrenas, y se alegran de poseerlas. Este engaño se conocerá, porque cuando pierden estos bienes se contristan, despechan y descon-

suelan y no saben pensar en otra cosa; y con el apetito de lo transitorio no se acuerdan de los beneficios espirituales, ni saben conocerlos ni agradecerlos. Esta culpa es formidable entre los hijos de la Iglesia, pues Dios los hubiera podido criar entre paganos, idólatras y otros infieles, donde fuera tan deplorable su condición.



CAPÍTULO XLIV.

El admirable modo con que María Santísima celebraba los misterios de la Encarnación, Natividad y otras festividades.

PARA celebrar el misterio de la Encarnación, empezaba el día diez y seis de Marzo por la tarde, y en los nueve siguientes hasta el día veinte y cinco estaba encerrada sin comer ni dormir; y sólo para la sagrada Comunión la asistía el Evangelista, que se la administraba, en estos nueve días. Renovaba el Omnipotente todos los favores que hizo con María Santísima en los otros nueve que precedieron á la Encarnación, aunque en estos añadía otros nuevos. Los seis días primeros sucedía de esta manera; después de pasadas algunas horas de la noche en que la digna Madre continuaba sus acostumbrados ejercicios, descendía á su oratorio el Verbo Humanado con millares

de ángeles que le acompañaban. La prudentísima Madre adoraba á su Hijo y Dios verdadero. Luego por misterio de los ángeles era colocada á la diestra del mismo Señor en su trono, donde sentía una íntima é inefable unión con la misma humanidad y divinidad que la transformaba y llenaba de gloria. En este estado y situación, renovaba el Señor en ella las maravillas que obró los nueve días antes de la Encarnación, añadiendo otros favores y efectos admirables, conforme al estado que tenía el mismo Señor y su beatísima Madre.

En los tres días últimos, á la media noche la llevaban los ángeles al cielo empíreo, donde, en adorando al Ser de Dios, la adornaban los supremos Serafines con una vestidura más pura y cándida que la nieve y refulgente que el Sol. Después los Serafines la levantaban al trono de la beatísima Trinidad, y la colocaban á la diestra de su Unigénito, y la preguntaban allí qué pedía, qué quería y qué deseaba. Y la verdadera Esther respondía: «Pido, Señor, misericordia para mi pueblo; y en su nombre y el mio deseo y quiero agradecer el favor que hizo vuestra misericordiosa omnipotencia,

dando forma humana al Eterno Verbo en mis entrañas para redimir á los hombres». Luego su Hijo santísimo hablaba con su Eterno Padre, y decía: «Yo te confieso y alabo, Padre mio, y te ofrezco esta criatura, hija de Adán, agradable en tu aceptación como elegida entre las demás criaturas para Madre mia, y testimonio de nuestros infinitos atributos. Ella sola, con dignidad y plenitud, sabe estimar y conocer el favor que hice á los hombres vistiéndome de su naturaleza, para enseñarles el camino de la salud eterna y redimirlos de la muerte. A ella escogimos para aplacar nuestra indignación contra la ingratitud y mala correspondencia de los mortales. Ella nos dá el retorno que los demás ó no pueden ó no quieren; pero no podemos despreciar los ruegos de nuestra amada, que por ellos nos ofrece en la plenitud de su santidad y con nuestro beneplácito».

Repelláanse todas estas maravillas por tres días, y en el último, á la hora de la Encarnación, se le manifestaba la Divinidad intuitivamente con mayor gloria que la de todos los bienaventurados. Los favores que la beatísima Madre recibía en estos días,

exceden á todo humano pensamiento. En todas las festividades que celebraba la gran Señora, alcanzaba la reducción de innumerables almas que entonces y después han venido á la fe católica. Este día de la Encarnación era mayor esta indulgencia; y á más sacaba todas las almas que estaban en el purgatorio; y desde el cielo enviaba ángeles que las llevasen á él, y las ofrecia al Eterno Padre como fruto de la Encarnación. Y con este júbilo de dejar aumentada aquella corte del cielo volvía á la tierra, donde de nuevo hacia gracias por estos beneficios con la humildad acostumbrada.

La solemnidad del Nacimiento de su Hijo comenzaba la víspera con los ejercicios acostumbrados, y á la hora del Nacimiento descendía del cielo su Hijo santísimo con millares de ángeles. Acompañábanle también San Joaquín, Santa Ana, San José y Santa Isabel, y otros Santos. Los ángeles la colocaban á la diestra de su divino Hijo, y cantaban con celestial armonía el cántico que cantaron el día del Nacimiento, y otros que la divina Señora había compuesto; y después de haber estado en estas alabanzas grande rato, pedía la divina Madre licencia

á su Hijo Jesús, y descendía del trono y se postraba en su presencia de nuevo. Y en aquella postura le adoraba en nombre de todo el linaje humano, y le daba gracias porque había nacido en el mundo para su remedio. Hacía una petición por todos y singularmente por los Hijos de la Iglesia, representando la fragilidad de la condición humana, y la necesidad que tenía de la gracia para levantarse y venir al conocimiento del Señor, y merecer la vida eterna. Alegaba para esto la misericordia de haber nacido el mismo Señor de su virginal tálamo, la pobreza en que nació, los trabajos y penalidades que admitió, el haberle alimentado ella á sus pechos y criado como Madre, y todos los misterios que en estas obras le sucedieron. Esta oración aceptaba su Hijo y se daba por obligado de la caridad y razones con que su felicísima Madre pedía por su pueblo; y de nuevo le concedía que, como Señora y Dispensadora de todos sus tesoros de la gracia, los aplicase y distribuyese entre los hombres y su voluntad. Y para fin de esta solemnidad pedía á los Santos alabasen al Señor en el misterio de su Nacimiento en nombre suyo

y de los demás mortales, pedía la bendición á su Hijo, y dándosela se volvía Su Majestad á los cielos.

Quando llegaba el día de la Circuncisión, comenzaba los ejercicios acostumbrados á la hora que en las otras fiestas; y en esta descendía tambien el Verbo humanado con la majestad y acompañamiento que otras veces, de ángeles y Santos. Humillábase la gran Madre, doliase de lo que padeció el Niño Dios en aquella tierna edad; agradecíale este beneficio por todos los hijos de Adán; lloraba el común olvido y la ingratitud en no estimar aquella sangre, derramada tan temprano para rescate de todos. Se ofrecía á morir y derramar ella su misma sangre y vida en retorno de esta deuda. Tenía dulcísimos coloquios con el mismo Señor en todo aquel día. Pedía á su Hijo santísimo que de los regalos, caricias y favores que recibía de su poderosa diestra repartiase con todos sus hijos los hombres; y que en el padecer por su amor fuese ella singular; mas en el retorno entrasen todos á la parte, y todos gustaran de la dulzura de su divino Espíritu, para que obligados y atraídos con ella, vinieran todos al cami-

no de la vida eterna, y ninguno se perdera. Ofrecía al Eterno Padre la sangre que su Hijo derramó en su Circuncisión, y la humildad de haberse circuncidado, siendo impecable. Adorábale como Dios verdadero; y con estas y otras obras la bendecía su Hijo santísimo, y se volvía á los cielos.

Para la adoración de los Reyes se prevenía algunos días antes que llegase la fiesta, como juntando algunos dones que ofrecerle al Verbo humanado. La principal ofrenda, que la prudentísima Señora llamaba oro, eran las almas que reducía al estado de la gracia; las postraciones, humillaciones y otros ejercicios penales que hacia, llamaba mirra; y los incendios y vuelos del amor, y otros afectos dulcísimos, llamaba incienso. Llegado el día y hora de la fiesta, descendía del cielo su Hijo santísimo, y en presencia de todos los cortesanos del cielo la ofrecía con adoración y amor culto admirable, y por todos los mortales hacia con este ofrecimiento una ferviente oración. Luego era levantada al trono de su Hijo, y recreada con unos favores que no hay términos para explicarlos. Después descen-

día del trono y pedía misericordia para los hombres, y para dar fin á esta festividad pedía á todos los Patriarcas y Santos que á ella asistian, rogasen al Todopoderoso la asistiese y gobernase en sus obras.

Luego celebraba el Bautismo de Cristo nuestro Salvador con grandioso agradecimiento. Después de las peticiones que hacia por la Iglesia, se recogía por los cuarenta días continuos, para celebrar el ayuno de nuestro Salvador. En estos cuarenta días no dormía, ni comía, ni salía de su retiro, si no ocurría alguna grande necesidad que pidiese su presencia. Sólo comunicaba con San Juan para recibir de su mano la sagrada Comunión, y despachar los negocios en que era fuerza darle parte, para el gobierno de la Iglesia. Los necesitados y enfermos eran curados aplicándoles alguna prenda de la poderosa Reina. Todas las obras las aplicaba y ofrecía por los aumentos de la Iglesia, justificación de las almas y conversión del mundo, y en socorrer á los Apóstoles y discípulos que por todo el mundo andaban predicando. Cumplida esta Cuaresma, la regalaba su Hijo con un convite semejante al que los ángeles hicieron

al mismo Señor, como se ha dicho. Sólo tenía éste de mayor regalo, que el mismo Señor le daba de su mano lo que comía su amantísima Madre. Y en hacimiento de gracias de todo, se postraba en tierra y pedía la bendición adorando al Señor; y Su Majestad se la daba y volvía á los cielos.

Celebraba la fiesta de su Purificación y Presentación del Niño Dios en el Templo. Para ofrecer esta hostia y aceptarla el mismo Señor, se le aparecía en su oratorio la Beatísima Trinidad con los cortesanos de la gloria. Y en ofreciendo el Verbo humanado, le vestían y adornaban los ángeles con un vestido el más precioso. Luego hacía una larga oración, en que pedía por todo el linaje humano y en especial por la Iglesia.

La memoria de la Pasión de su Hijo santísimo, la institución del Santísimo Sacramento, la Resurrección, no sólo las celebraba cada semana; sino cuando llegaba el día en que sucedieron, á la hora que Jesucristo fué crucificado se ponía en la cruz, y en ella estaba tres horas. Renovaba todas las peticiones que hizo el mismo Señor, con todos los dolores y misterios que en aquel

día sucedieron. Para celebrar la Resurrección, era llevada por los ángeles al cielo empíreo, donde aquel día gozaba de la visión beatífica, que en los domingos entre año era abstractiva.

Para la festividad de la Ascensión, se preparaba desde el día que celebraba la Resurrección de su Hijo. Llegado el misterioso día, bajaba Su Majestad en persona al oratorio de su beatísima Madre, acompañado de innumerables ángeles, Patriarcas y Santos que llevó consigo en su gloriosa Ascensión. Mandaba el Señor á los ángeles la levantasen y la colocasen á su diestra; y después de haberla preguntado qué deseaba, qué pedía y qué quería. «Hijo mio, deseo la gloria y exaltación de vuestro santo nombre. Pido por los hombres, que todos conozcan, alaben y magnifiquen á vuestra divinidad y humanidad santísima». «Madre mia, venid conmigo á mi patria celestial, donde se cumplirán vuestros deseos, y serán despachadas vuestras peticiones, y gozaréis de la solemnidad de este día en compañía de mis cortesanos y moradores del cielo». Se encaminaba luego toda aquella celestial procesión al cielo empíreo; en lle-

gando al supremo lugar, la gran Reina pedía licencia al Señor, descendía del trono y postrada ante el acatamiento de la Beatísima Trinidad, hacía un cántico admirable de loores en que comprendía los misterios desde la Encarnación hasta la admirable Ascensión de su Hijo santísimo.

Después de esto, los ángeles la levantaban otra vez á la diestra de su Hijo santísimo, y allí se manifestaba la Divinidad por visión intuitiva y gloriosa, y le daba el Señor de nuevo la posesión de aquel lugar, y todos los años en este día era preguntada por el mismo Señor si quería quedarse en aquel eterno gozo, ó volver á la tierra para favorecer á la santa Iglesia. Y la piadosa Madre respondía: «Que si era voluntad del Todopoderoso, volvería á trabajar por los hombres, que eran el fruto de la redención». Seguían luego las peticiones que hacía por la exaltación del nombre del Altísimo, por la Iglesia y por lo conversión del mundo; y concedidas estas gracias, los ángeles la volvían al Cenáculo, y luego se postraba para agradecer de nuevo estos favores. Se preparaba luego para la celebración de la venida del Espíritu Santo, y cuando llega-

ba el día, á la misma hora que descendió la primera vez al Cenáculo, descendía cada año sobre la misma Madre de Jesús, Esposa y Templo del Espíritu Santo, y era inflamada y renovada toda con superabundantes dones y nuevos aumentos de los que en tan eminente grado poseía. Daba la gran Señora humildes gracias y pedía al divino Espíritu continuase en la santa Iglesia los influjos de su gracia y sabiduría por los siglos presentes y futuros.

Celebraba también con especial júbilo y devoción una fiesta á los santos ángeles, y otra á los santos de la naturaleza humana.

*Doctrina de la gran Reina de los
Angeles.*

Hija mia, si me confiesas por Maestra y Madre tuya, no tardes en imitarme y seguirme. No es posible que tú ni otra criatura llegue á la perfección de mis obras, pero muy posible con la divina gracia, que llenes tu vida con las obras de virtud y santidad, y que ocupes en ellas todo el tiempo y todas tus potencias, añadiendo ejercicios santos á otros ejercicios, oraciones á

oraciones, peticiones á peticiones, y virtudes á virtudes, sin que á ningún tiempo, día y hora de tu vida le falte obra buena, como yo lo hacía. Para esto celebraba tantas festividades en el modo y disposición que has conocido y escrito. En acabando una, comenzaba á prevenirme para otra; todos los hijos de la Iglesia pueden imitarme en esto, que para eso ordenó el Espíritu Santo las solemnidades y memoria de mi Hijo santísimo, las mías y de otros Santos que celebra la Iglesia. Quiero también tengas singular veneración y afecto á los santos ángeles, así por su grande excelencia, como por los favores que de ellos has recibido.

CAPÍTULO XLV.

El ángel San Gabriel notifica á María Santísima la hora de su muerte.

EL Príncipe San Gabriel, acompañado de muchos otros ángeles, se dirigió al oratorio, donde encontraron á la gran Señora postrada en tierra, que pedía misericordia por los pecadores. Pero con la música y presencia de los santos ángeles se puso de rodillas, y el Príncipe San Gabriel saludóla con la salutación del Ave María, y prosiguiendo dijo: «Emperatriz y Señora nuestra, el Omnipotente y Santo de los Santos nos envía para que de parte suya os evangelicemos el término felicísimo de vuestra peregrinación. Tres años puntuales restan desde hoy, para que seais levantada y recibida en el gozo interminable del Señor, donde todos sus moradores os esperan, deseando vuestra presencia». Oyó María Santísima esta embajada con inefable júbilo, y

postrándose de nuevo en tierra, dijo: «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según vuestra palabra». Pidió á los ángeles le ayudasen á dar gracias, y les pidió que rogasen al Señor la preparase para pasar de la vida mortal á la eterna, y de su parte pidiesen lo mismo á los demás ángeles y santos del cielo. Ofreciéronla que en todo la obedecerían, y con esto se despidió San Gabriel, y se volvió al empíreo con toda su compañía.

La gran Señora quedó sola en su oratorio, y entre lágrimas de humildad y júbilo se postró en tierra y la dijo: «Tierra, yo te doy las gracias que te debo, porque sin merecerlo me has sustentado sesenta y siete años». Convirtiéndose á otras criaturas, y hablando con ellas dijo: «Cielos, planetas, astros y elementos fabricados por la mano poderosa de mi Amado, os agradezco lo que vosotros habeis obrado con vuestras influencias y virtud en la conservación de mi vida: ayúdame, pues de nuevo desde hoy, que yo la mejoraré con el favor divino en el plazo que falta á mi carrera para ser agradecida á mi Criador y vuestro». Desde este aviso se inflamó de tal manera en la llama del

divino amor, y multiplicó todos los ejercicios, como si tuviera que restaurar algo que por negligencia ó menos fervor hubiera omitido.

Escribió á los apóstoles y discípulos que andaban predicando, para animarlos de nuevo en la conversión del mundo. Con los demás fieles que tenía presentes hizo mayores demostraciones, exhortándoles y confirmándoles en la fe. Pareció bien á la gran Señora dar noticia del aviso que tenía San Juán, y pidiéndole primero la bendición y licencia, le dijo: «Ya sabeis, hijo mio y mi Señor, que entre las criaturas del Altísimo yo soy la más deudora y obligada al rendimiento de su divina voluntad; su dignación y misericordia infinita me han manifestado llegará presto el término de mi vida mortal para pasar á la eterna, y desde el día que recibí este aviso, me restan sólo tres años de vida. Yo os suplico, Señor mio, me ayudeis en este breve tiempo, para que yo trabaje en dar gracias al Altísimo en correspondencia á los inmensos beneficios que de su liberalísimo amor tengo recibidos. Orad por mí, como de lo íntimo de mi alma os lo suplico».

Estas razones de la beatísima Madre partieron el corazón amoroso de San Juan, y sin que pudiese contener las lágrimas la respondió: «Madre y Señora mia, á la voluntad del Altísimo y á la vuestra estoy rendido, para obedecer en lo que me mandais, aunque mis méritos no llegan á mi obligación y deseos. Pero Vos, Señora, amparad á este pobre hijo vuestro, que se ha de ver sólo y huérfano sin vuestra deseable compañía». No pudo San Juan continuar, oprimido de los sollozos y lágrimas, y aunque la dulcísima Reina le consoló, con todo desde aquel dia quedó penetrado el corazón de dolor y tristeza que le debilitaba y volvía macilento, aunque la beatísima Madre le prometió que le sería Madre y abogada con su Hijo santísimo. Dió cuenta San Juan de este suceso á Santiago el menor, que como Obispo de Jerusalén asistía con él al servicio de la Emperatriz, como San Pedro había ordenado.

Dos doncellas que asistían mucho á la Reina del mundo, y algunas otras personas piadosas advirtieron la tristeza de San Juan, y muchas veces viéndole derramar lágrimas, preguntáronle la causa de esta nove-

dad, y aunque la ocultó por algún tiempo, les manifestó que se acercaba el dichoso tránsito de su Madre. Por este medio se comenzó á divulgar y llorar algún tiempo antes que sucediese, y ninguno de los que llegaron á entenderlo se pudo contener en sus lágrimas y tristeza irreparable. Y desde entonces la visitaban con más frecuencia, se arrojaban á sus piés, pedíanla los bendijese y llevase tras sí y no los olvidase en la gloria del Señor, donde consigo se llevaba todos los corazones de sus siervos. La compasiva Madre socorrió siempre á todos cuantos no resistieron á su amorosa clemencia; pero en los dos últimos años de su vida, á todos los enfermos que se le pusieron presentes dió salud de cuerpo y alma, convirtió muchos á la verdad evangélica, trajo innumerables almas al estado de la gracia, sacándolas de pecado. Remedió grandes necesidades de los pobres, á unos dándoles lo que tenía y lo que la ofrecían, á otros socorriéndolos por medio milagroso. Confirmaba á todos en el temor de Dios, en la fe y obediencia de la Iglesia Santa. Y como Tesorera de las riquezas de la Divinidad, quiso franquearlas con liberal

misericordia, antes de su muerte, á los hijos de quien se ausentaba, como fieles de la Iglesia.

Sucedíola muchas veces en estos últimos días, que retirada á solas, hablando con el Señor decía: «Amor mio dulcísimo, bien y tesoro de mi alma, llevadme ya tras el olor de vuestros unguentos, que habeis dado á gustar á esta vuestra sierva y madre, peregrina en el mundo. Mi voluntad toda siempre estuvo empleada en Vos, que sois suma bondad y verdadero bien mio, nunca supo amar fuera de Vos alguna cosa. Quebrad ya los lazos de la mortalidad que me detienen, cúmplase ya el término, llegue al fin donde camino desde el primer instante que recibí de Vos el ser que tengo. Con estas razones y otras muchas acompañaba la beatísima Madre los fuegos de su inflamado espíritu, con admiración y gozo de los santos ángeles, que la asistían y servían.

En estas congojas amorosas la visitaba su Hijo con más frecuencia, la recreaba y confortaba con admirables favores y caricias, y de nuevo la aseguraba que sería breve su destierro, que la llevaría á su

diestra, y que sería nuevo gozo de los santos, que todos la esperaban y deseaban. En estas ocasiones multiplicaba la piadosa Madre las peticiones por la Santa Iglesia, por los apóstoles y discípulos, y por todos los ministros, que en los futuros siglos la servirían en la predicación del Evangelio, y conversión del mundo, y para que todos los mortales le admitiesen y llegasen al conocimiento de la verdad divina.

Determinó la piadosa Reina despedirse de los Lugares Santos, y pidiendo licencia á San Juan salió de casa en su compañía, y los mil ángeles que la acompañaban se le manifestaron con mayor hermosura y refulgencia. Visitó todos los lugares de nuestra redención, despidiéndose de cada uno con abundantes y dulces lágrimas, con clamores y peticiones por todos los fieles que llegasen con devoción á aquellos Sagrados Lugares. En el monte Calvario se detuvo más tiempo, pidiendo á su Hijo santísimo la eficacia de la muerte y redención que obró en aquel lugar, para todas las almas redimidas. Descendió en persona su Hijo santísimo, y respondiendo á sus

peliciones la dijo: «Madre mía, vuestros deseos y peliciones han llegado á mis oídos y corazón; yo os prometo que seré liberalísimo con los hombres, y les daré de mi gracia continuos auxilios y favores, para que con su voluntad libre merezcan en virtud de mi sangre la gloria que les tengo prevenida. En el cielo sereis su medianera y abogada; y á todos los que recabaren vuestra intercesión llenaré de mis tesoros y misericordias infinitas». La beatísima Madre, postrada á sus piés, le dió gracias y le pidió su bendición. Dióselo Su Majestad, y ratificóla su real palabra en todo lo que había prometido, y se volvió á la diestra de su Eterno Padre. Confortada María Santísima en sus congojas amorosas, besó la tierra del Calvario y la adoró. Encargó de nuevo á los santos ángeles que fuesen custodios de aquellos Santos Lugares, que ayudasen con inspiraciones santas á los fieles que con veneración los visitasen, para que conociesen y estimasen el admirable beneficio de la redención que se había obrado en ellos. Pidió á los ángeles de los Santos Lugares y al Evangelista, que todos la diesen allí la bendición en esta última

despedida, y con esto se volvió á su oratorio llena de lágrimas.

Llegada al oratorio, postróse luego y pegó su rostro con el polvo, donde hizo otra prolija oración por la Iglesia; y perseveró en ella hasta que por la visión abstractiva de la Divinidad la dió el Señor respuesta, de que sus peticiones eran oidas y concedidas en el tribunal de su clemencia. Se despidió de la santa Iglesia con dulces lágrimas, hizo su testamento en el que dijo: «De los bienes de la vida mortal y del mundo en que vivo, nada tengo que dejar; porque jamás poseí ni amé otra cosa fuera de Vos, Dios mio, que sois mi bien y todas mis cosas. Dos túnicas y un manto, de que he usado para cubrirme, dejaré á Juán para que disponga de ellos, pues le tengo en lugar de hijo. Mi cuerpo pido á la tierra le reciba en obsequio vuestro, pues ella es madre comun y os sirve como hechura vuestra. Mi alma despojada del cuerpo y de todo lo visible entrego, Dios mio, en vuestras manos, para que os ame y magnifique por toda vuestra eternidad. Mis merecimientos y los tesoros que con vuestra gracia divina, y mis obras y trabajos he adquirido, de todos de-

jo por universal heredera á la santa Iglesia mi madre y mi señora, y deseo que en primer lugar sean para exhaltación de vuestro santo nombre, para que siempre se haga vuestra voluntad santa en la tierra como en el cielo, y todas las naciones vengan á vuestro conocimiento, amor, culto y veneración como verdadero Dios. En segundo lugar los ofrezco por mis señores los apóstoles y sacerdotes presentes y futuros, para que vuestra inefable clemencia los haga idóneos ministros, y dignos de su oficio y estado, con toda sabiduría, virtud y santidad, con que edifiquen y santifiquen á las almas redimidas con vuestra sangre. En tercer lugar los aplico para el bien espiritual de mis devotos que me sirvieren, invocaren y llamaren, para que reciban vuestra gracia y protección, y después la eterna vida. En cuarto lugar, deseo que os compadezcáis por mis trabajos y servicios, de todos los pecadores hijos de Adán, para que salgan del infeliz estado de la culpa. Y desde esta hora propongo y quiero pedir siempre por ellos en vuestra divina presencia, mientras durare el mundo. Esta es, Señor y Dios mio, mi última voluntad ren-

dida siempre á la vuestra». Concluyó la Reina este testamento, y la Santísima Trinidad le confirmó y aprobó, y Cristo nuestro Redentor le firmó, escribiendo en el corazón de su Madre estas palabras: «Hágase como lo quereis y ordenais». Jamás los que nacemos en la ley de gracia podremos pagar lo que debemos á la Santísima María, por habernos dejado herederos de sus inmensos merecimientos.

Doctrina de la Reina de los ángeles.

Hija mia, no puedes entender en carne mortal lo que por mi interior pasaba mirando la santa Iglesia. Sobre lo que has conocido lo entenderás más, si ponderas las causas que movían mi corazón. Estas fueron el amor y obras de mi Hijo santísimo con la Iglesia, y ellas han de ser tu meditación de día y de noche. Para ser Cabeza en este mundo, y siempre, de los predestinados, descendió del seno del Eterno Padre, y tomó carne humana en mis entrañas. Para recobrar á sus hijos perdidos por el primer pecado de Adán, tomó carne mortal y pasible. Para dejar el ejemplar de

su inculpable vida y la doctrina verdadera y saludable, vivió y conversó con los hombres treinta y tres años; para redimirlos, padeció dūrísima pasión, derramó su sangre y admitió la muerte dolorosa y afrentosa de la cruz. Para que de su sagrado Cuerpo ya difunto saliera misteriosamente la Iglesia, se dejó abrir el costado con la lanza. Y entre estos y otros muchos beneficios que hizo y hace á su amada la Iglesia, no fué el menor dejarme á mí en ella, después de su admirable ascensión á los cielos, para que la gobernase y animase con mis merecimientos y presencia. Desde entonces y para siempre tengo por mia esta Iglesia, el muy Alto me hizo esta donación, y me mandó cuidase de ella como su Madre y Señora.



CAPÍTULO XLVI.

El tránsito felicísimo y glorioso de María Santísima y su entierro.

ACERCÁNDOSE los últimos años de la vida de nuestra Reina, ordenó el Señor que todo el resto de la naturaleza comenzara á sentir el llanto y prevenir el luto para la muerte de la Santísima Virgen. Los sagrados apóstoles empezaron á sentir un nuevo cuidado que les llevaba la atención, con recelos de cuando les faltaría su Maestra y amparo; los otros fieles moradores de Jerusalén y vecinos de Palestina reconocían en sí mismos como un secreto aviso, de que su tesoro y alegría no sería para largo tiempo. Los cielos, astros y planetas perdieron mucho de su hermosura; las aves del cielo hicieron singular demostración de tristeza, porque gran multitud de ellas acudían de ordinario donde estaba María Santísima, y

rodeando su oratorio con extraordinarios vuelos y meneos, en lugar de cánticos formaban diversas voces tristes, como quien se lamentaba y gemía con dolor, hasta que la misma Señora les mandaba que alabasen á su Criador con cánticos naturales y sonoros. Pocos días antes del tránsito de la divina Madre, concurren á ella innumerables avecillas, rozando sus cabecitas y picos por el suelo, rompiendo sus pechos con gemidos, como quien dolorosamente se despedía, y la pedían su última bendición.

Llegando la gran Reina al monte Calvario, la rodearon muchas fieras silvestres que de diversos montes habían venido á esperarla; unas, postrándose en tierra, otras, humillando las cervices, y todas formando tristes gemidos, estuvieron algunas horas manifestándola el dolor que sentían, de que se ausentase de la tierra. El sol, luna y estrellas, seis meses antes de la muerte de María Santísima, dieron menos luz, y el día del dichoso tránsito se eclipsaron, como sucedió en la muerte del Redentor del mundo.

Tres días antes del tránsito de la gran Señora, se hallaron los apóstoles y discipu-

los en Jerusalén; el primero que llegó fué San Pedro. Salió la gran Señora á la puerta del oratorio á recibir al Vicario de Cristo nuestro Salvador; y puesta de rodillas le pidió la bendición y le dijo: «Doy gracias y alabo al Todopoderoso, porque me ha traído á mi santo Padre, para que me asista en la hora de mi muerte». Llegó luego San Pablo, á quien la Reina hizo respectivamente la misma reverencia, con iguales demostraciones del gozo que tenía de verle. Saludáronla los apóstoles como á Madre del mismo Dios, como á su Reina propia y Señora de todo lo criado. Tras de los dos apóstoles llegaron los demás, y los dos discípulos que vivían, y á todos recibió la divina Madre con profunda humildad, reverencia y caricias, pidiendo á cada uno que la bendijese. Todos lo hicieron, y la saludaron con admirable veneración.

El apóstol San Pedro los juntó á todos, para informarlos de la causa de su venida y les dijo: «Carísimos hijos y hermanos míos, el Señor nos ha llamado y traído á Jerusalén no sin causa grande, y esta de sumo dolor para nosotros. Su Majestad quiere llevarse luego al trono de la eterna

gloria á su beatísima Madre, nuestra Maestra, todo nuestro consuelo y amparo. Quiere su disposición divina, que todos nos hallemos presentes á su felicísimo y glorioso tránsito. Cuando nuestro Maestro y redentor se subió á la diestra de su Eterno Padre, aunque nos dejó huérfanos de su deseable vista, teníamos á su Madre santísima para nuestro refugio y verdadero consuelo en la vida mortal; pero ahora que nuestra Madre nos deja ¿qué haremos? ¿Qué amparo y qué esperanza tendremos que nos aliente en nuestra peregrinación? Ninguna hallo, sino que todos la seguiremos con el tiempo».

No pudo alargarse San Pedro, porque le atajaron la voz las lágrimas, que no pudo contener. Tampoco los apóstoles le pudieron responder en grande espacio de tiempo, en que estuvieron derramando copiosas y tiernas lágrimas; mas después que el Vicario de Cristo se recobró un poco, dijo: «Hijos míos, vamos á la presencia de nuestra Madre y Señora, acompañémosla lo que tuviere de vida, y pidámosla nos deje su santa bendición». Fueron todos con San Pedro al oratorio de la gran Reina y halláronla de rodillas, y viéronla todos hermo-

sísima y llena de un resplandor celestial.

Los apóstoles y discípulos y algunos otros fieles, ocuparon el oratorio de María Santísima, estando todos ordenadamente en su presencia, y San Pedro con San Juan se pusieron á la cabecera de la tarima. La gran Señora los miró á todos con la modestia y reverencia que solía, y les dijo: «Carísimos hijos míos, dad licencia á vuestra sierva, para hablar en vuestra presencia y manifestaros mis humildes deseos». Respondióla San Pedro que todos la oirían, y la obedecerían, y la suplicó se sentase en la tarima para hablarles. Pero la que era maestra de humildad y obediencia respondió, que obedecería después de haber pedido á todos su bendición. Con el consentimiento de San Pedro salió de la tarima, y se puso de rodillas ante el mismo apóstol, y le dijo: «Señor, como Pastor universal y Cabeza de la santa Iglesia os suplico, que en vuestro nombre y suyo me deis vuestra santa bendición, y perdoneis á esta sierva vuestra lo poco que os ha servido en mi vida, para que de ella parta á la eterna». Y si es vuestra voluntad, dad licencia para que Juan disponga de mis vestiduras, que son dos

túnicas, dándolas á unas doncellas pobres, cuya caridad me ha obligado siempre». Postróse luego y besó los piés de San Pedro con abundantes lágrimas, y no menor admiración que llanto del mismo apóstol y todos los circunstantes. Puesta luego á los piés de San Juan, le dijo: «Perdonad, hijo mio y mi Señor, el no haber hecho con Vos el oficio de Madre que debía; yo os doy humildes y reconocidas gracias por la piedad con que como hijo me habeis asistido. Dadme vuestra bendición para subir á la compañía y eterna vista del que me crió».

Prosiguió esta despedida, hablando á todos los apóstoles singularmente, y á algunos discípulos, y después á los demás circunstantes en comun. Se levantó en pié, y hablando á toda aquella santa congregación, dijo: «Carísimos hijos míos y mis señores, siempre os he tenido en mi alma, y escritos en mi corazón, donde tiernamente os he amado con la caridad y amor que me comunicó mi Hijo santísimo, á quien he mirado siempre en vosotros como en sus escogidos y amigos. Por su voluntad me voy á las moradas celestiales donde os prometo, como Madre, que os tendré presentes. La

Iglesia mi madre os encomiendo; amad, hijos míos, á la santa Iglesia, y de todo corazón unos á otros con aquel vinculo de caridad y paz que siempre os enseñó vuestro Maestro. Y á vos, Pedro, pontífice santo, os encomiendo á Juan mi hijo, y también á los demás.»

Acabó de hablar María Santísima, y rompiendo todos en arroyos de lágrimas, lloraron todos y lloró con ellos la dulcísima María. Después de algun espacio les pidió que con ella y por ella orasen todos en silencio. En esta quietud descendió el Verbo humanado en un trono de inefable gloria, acompañado de todos los santos é innumerables ángeles. María Santísima le besó los piés, y postrada ante ellos, hizo el último acto de reconocimiento y humillación en la vida mortal. Dióla su Hijo santísimo la bendición y la dijo: «Madre mía carísima, á quien yo escogí para mi habitación, ya es llegada la hora en que habeis de pasar á la gloria de mi Padre y mía. Y porque hice que como Madre mía entráseis en el mundo libre y exenta de la culpa, tampoco para salir de él tiene derecho á tocaros la muerte. Si no quereis pasar por ella, venid

conmigo, para que participeis de mi gloria, que teneis merecida.»

Postróse la divina Madre ante su Hijo y le respondió: «Hijo y Señor mío, yo os suplico que vuestra Madre entre en la eterna vida por la puerta común de la muerte natural, como los demás hijos de Adán; Vos la padecisteis, justo es que como yo he procurado seguiros en la vida, os acompañe también en morir». Aprobó Cristo el sacrificio y voluntad de su Madre santísima; y los ángeles empezaron á cantar con celestial armonía, salió una fragancia divina que se percibía hasta en la calle; la casa del Cenáculo se llenó de resplandor, concurrió á ella mucha gente; se reclinó María Santísima en su tarima, puestas las manos juntas y los ojos fijados en su Hijo santísimo; y toda enardecida en la llama de su divino amor, y al cantar los ángeles; levántate y date prisa, amiga mía, etc., dijo: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu;» y cerrando los ojos, espiró. El sagrado Cuerpo de María Santísima quedó lleno de luz y resplandor, y despidiendo de sí tan admirable fragancia, que todos los circunstantes eran llenos de suavidad interior y exterior.

Los apóstoles y discípulos, entre lágrimas de dolor y júbilo de las maravillas que veían, quedaron como absortos por algun espacio, y luego cantaron muchos himnos y salmos en obsequio de María Santísima. Sucedió este glorioso tránsito de la gran Reina, un viernes á las tres de la tarde, á los setenta años de su edad.

Conmovióse toda Jerusalem, y admirados concurrían muchos á la casa del Cenáculo, confesando á voces el poder de Dios y la grandeza de sus obras. Todos cuantos enfermos acudieron, fueron sanos; salieron del purgatorio todas las almas; y en la misma hora que espiró María Santísima, espiraron también cerca del Cenáculo un hombre y dos mujeres en pecado, pero llegando su causa al tribunal de Cristo, pidió misericordia para ellos la dulcísima Madre, y fueron restituidos á la vida, y después murieron santamente.

Trataron los apóstoles de dar sepultura al Cuerpo santísimo de su Reina, y acordándose que el Cuerpo de su santísimo Hijo había sido ungido, llamaron á las dos doncellas que habían servido á la Virgen, y les dieron orden que ungiesen el Cuerpo

de la Madre de Dios, y al entrar ellas en el oratorio, el resplandor que había la deslumbró, de suerte que no pudieron tocarle ni verle, y al salir, dieron cuenta á los apóstoles de lo que les había sucedido. Entraron San Pedro y San Juan en el mismo oratorio, y puestos en oración oyeron una voz que les dijo: «Ni se descubra, ni se toque el sagrado Cuerpo.» Se llegaron á la tarima los dos apóstoles, trabaron de la túnica por los lados, y sin descomponerla en nada, la pusieron en el féretro. Puesta en él, se moderó el resplandor y todos pudieron verla de la cara y manos.

Los apóstoles levantaron el sagrado Cuerpo, y llevándole sobre sus hombros en ordenada procesión, acompañados de casi todos los habitantes de Jerusalem con luces encendidas, que ninguna se apagó, ni gastó, ni deshizo en nada, partieron al valle de Josafat, acompañados también invisiblemente de innumerables ángeles, santos y Profetas, que desde el cielo envió nuestro Salvador Jesús para que asistiesen á las últimas honras de su beatísima Madre.

Todos los enfermos que acudieron, quedaron sanos, muchos endemoniados fueron li-

bres, y muchos judíos y gentiles se convirtieron. Los apóstoles llevando el sagrado Cuerpo, sintieron admirables efectos de la divina luz, y los discípulos la participaron respectivamente. Todo el concurso de la gente, con la fragancia que derramaba y la música que se oía, y otras señales prodigiosas, estaba como atónito, y todos predicaban á Dios por grande y poderoso en aquella criatura.

Llegaron al puesto donde estaba el dichoso sepulcro en el valle de Josafat, y San Pedro y San Juan sacaron del féretro al sagrado Cuerpo y le colocaron en el sepulcro, y le cubrieron con una toalla, cerraron el sepulcro con una losa conforme á la costumbre de otros entierros: los cortesanos del cielo se volvieron á él, quedando los mil ángeles de guarda de la Reina, continuando la de su sagrado Cuerpo con la misma música que le habían traído. El concurso de la gente se despidió, y los santos apóstoles y discípulos con tiernas lágrimas se volvieron al Cenáculo: y en toda la casa perseveró un año entero el olor suavísimo que dejó el Cuerpo de la gran Reina, y en el oratorio duró muchos años.

Doctrina que me dió la Reina de los ángeles.

Hija mía, ya dejas escrito como Su Majestad dejó á mi elección el morir ó pasar sin este trabajo á la visión beatífica y eterna. Elegí morir para imitarle y seguirle, como lo hice en sentir su dolorosa pasión, porque habiendo yo visto morir á mi Hijo, si rehusára yo la muerte, no satisfaría al amor que le debía. Le fué tan agradable que eligiese el morir, que en retorno me hizo un favor y fué, que todos mis devotos que me llamaren en la muerte, interponiéndome por su abogada, para que les socorra en memoria de mi dichoso tránsito, y por la voluntad con que quise morir para imitarle, estén debajo de mi protección en aquella hora, para que yo les defienda, asista y ampare, y al fin los presente al tribunal de su misericordia, y en él interceda por ellos. El mismo Señor me prometió que les daría grandes auxilios para morir bien, y para vivir con mayor pureza si antes me invocaban, venerando este misterio de mi preciosa muerte.

CAPÍTULO XLVII.

De la gloriosa ascensión y coronación de María Santísima por Reina de los cielos y de todas las criaturas.

ENTRÓ en el cielo empíreo nuestro Redentor Jesús con la purísima alma de su Madre á su diestra, y habiéndola presentado ante el trono de la Divinidad; y hablando con el Eterno Padre en presencia de todos los bienaventurados, dijo: «Eterno Padre mio, mi amantísima Madre, vuestra Hija querida y Esposa regalada del Espíritu Santo, viene á recibir la posesión eterna de la corona y gloria, que para premio de sus méritos la tenemos preparada. Padre mio, rectísimo es el tribunal de nuestra misericordia y justicia; justo es que á mi Madre se le dé el premio como á Madre: y si en toda su vida y obras fué semejante á mí en el grado posible á pura cria-

tura, también lo ha de ser en la gloria y en el asiento en el trono de nuestra Majestad, para que donde está la santidad por esencia, esté también la suma por participación».

Este decreto del Verbo humanado aprobaron el Padre y el Espíritu Santo. Y luego fué levantada aquella alma santísima de María á la diestra de su Hijo y Dios verdadero, y colocada en el mismo trono real de la beatísima Trinidad.

El día tercero que el alma santísima de María gozaba de esta gloria, descendió del cielo el mismo Cristo nuestro Salvador, llevando á su diestra el alma de su beatísima Madre, con muchas legiones de ángeles y los Padres y Profetas antiguos. Llegaron al sepulcro, y el Señor habló con los Santos estas palabras: «Mi Madre fué concebida sin mancha de pecado, para que de su virginal sustancia, purísima y sin mancha, tomase el cuerpo en que vine al mundo, y le redimí del pecado. Mi carne es carne suya; y ella cooperó conmigo en las obras de la redención; y así debo resucitarla á ella, como yo resucité de los muertos, y que esto sea al mismo tiempo y á la mis-

ma hora; porque en todo quiero hacerla mi semejante». Todos los antiguos Santos agradecieron este beneficio y principalmente nuestros primeros padres Adán y Eva, Santa Ana, San Joaquín y San José.

Luego la purísima alma de la Reina, con el imperio de su Hijo santísimo, entró en el virginal Cuerpo, y le reformó y resucitó, dándole nueva vida, inmortal y gloriosa, las cuatro dotes de claridad, impasibilidad, agilidad y sutileza. Con estas dotes salió María Santísima del sepulcro en alma y cuerpo, sin remover ni levantar la piedra con que estaba cerrado, quedando la túnica y toalla compuestas en la forma que cubrían su sagrado Cuerpo. Imposible es explicar la belleza y refulgencia de tanta gloria; sólo diré, que así como la divina Madre dió á su Hijo la forma de hombre en su tálamo virginal, y se la dió pura, limpia y sin mancha, así el Divino Hijo la dió en esta resurrección otra gloria y hermosura semejante á sí mismo. Luego desde el sepulcro se ordenó una solemnisima procesión con celestial música por la región del aire, por donde se fué alejando para el cielo empíreo.

Entraron en el cielo los santos y ángeles

en el orden que llevaban; y en el último lugar iban Cristo nuestro Salvador, y á su diestra la Reina, vestida de oro, tan hermosa, que vino á ser admiración de los cortesanos del cielo. Convirtiéronse todos á mirarla y bendecirla con nuevos júbilos y cánticos de alabanza. Con estas glorias llegó María Santísima en cuerpo, y alma al trono real de la beatísima Trinidad. Y las tres divinas Personas la recibieron en él con un abrazo eternamente indisoluble. El Eterno Padre la dijo: «Asciende más alto que todas las criaturas, elegida mía, hija mía, y paloma mía.» El Verbo humanado dijo: «Madre mía, de quien recibí el ser humano y el retorno de mis obras con tu perfecta imitación, recibe ahora el premio de mi mano, que tienes merecido.» El Espíritu Santo dijo: «Esposa mía amantísima, entra en el gozo eterno, que corresponde á tu fidelísimo amor, ama y goza sin cuidados, que ya pasó el invierno de padecer y llegaste á la posesión eterna de nuestros abrazos.» Allí quedó absorta María Santísima entre las divinas Personas, y como anegada en aquel piélago interminable y en el abismo de la Divinidad.

Colocada María Santísima en este lugar, declaró el Señor á los cortesanos del cielo los privilegios de que gozaba. «Nuestra hija María fué escogida y poseida de nuestra voluntad eterna entre todas las criaturas, y la primera para nuestras delicias, y nunca degeneró del título y ser de hija que le dimos en nuestra mente divina; y tiene derecho á nuestro reino de quien ha de ser reconocida y coronada por legítima Señora y singular Reina.» Las tres Personas divinas pusieron en la cabeza de María Santísima una corona de gloria, de tan nuevo resplandor y prez, cual no se vió antes, ni se verá después en pura criatura. Al mismo tiempo salió una voz del trono que decía: «Amiga y escogida entre las criaturas, nuestro reino es tuyo; tú eres Reina, Señora y Superiora de los Serafines, de los ángeles, y de toda la universidad de nuestras criaturas. Atiende, manda y reina prósperamente sobre ellas, que en nuestro supremo Consistorio te damos imperio, majestad y señorío. Desde tu real tronó mandarás hasta al centro de la tierra, y con el poder que te damos sujetarás el infierno. Reinarás sobre la tierra y todos los elementos y cria-

turas. Serás Reina y Señora de todos los mortales, para mandar y detener la muerte y conservar su vida. Serás emperatriz y Señora de la Iglesia militante, su Protectora, su Abogada, su Madre, y su Maestra. Serás defensora y capitana de todos los justos; y á todos los consolarás, confortarás, y llenarás de bienes, conforme te obligaren con su devoción. Para todo esto te hacemos depositaria de nuestras riquezas, tesorera de nuestros bienes; ponemos en tu mano los auxilios y favores de nuestra gracia, para que los dispenses; y nada queremos conceder al mundo que no sea por tu mano. En todas partes te obedecerán los ángeles y los hombres. En ejecución de este decreto mandó el Omnipotente á todos los cortesanos del cielo, ángeles y hombres, que todos prestasen obediencia á la Virgen Santísima, y la reconociesen por su Reina y Señora. Y todos le dieron culto y veneración y se reconocieron por inferiores y vasallos suyos.

San Pedro y San Juan reconocieron al día tercero, que la música celestial había cesado en el sepulcro de la Virgen y coligieron que había resucitado. San Pedro

juntó á los apóstoles, discípulos y fieles; y á la presencia de todos dió orden de levantar la piedra que cerraba el sepulcro, y llegando á reconocerle, lo hallaron vacío, y sin el sagrado Cuerpo de la Reina del cielo. San Pedro tomó la túnica y toalla, adoróla él y todos los demás, quedando certificados de la resurrección y ascensión de María Santísima á los cielos.

Doctrina que me dió la Reina del cielo.

Hija mía, nunca se ha ignorado en la Iglesia lo que vale mi intercesión y el poder que tengo en los cielos, para remediar á todos; pues la certeza de esta verdad la he testificado con tantos millares de maravillas y favores como he obrado con mis devotos; y con los que en sus necesidades me han llamado, siempre he sido liberal, y por mí lo ha sido el Señor para ellos; y aunque son muchas las almas que he mediado, son pocas respecto de las que puedo y deseo remediar. El mundo corre y los siglos caminan muy adelante; los mortales tardan en volverse á Dios y conocerle, los pecadores crecen en número y las

culpas se aumentan; ¡qué mucho que la justicia divina esté irritada, pues los pecados de los hombres merecen el castigo que les amanaza y comienzan á sentir? pero mi piedad y clemencia excede á tanta malicia, y tiene inclinada á la infinita bondad, y detenida la justicia.

AD MAJOREM DEI GLORIAM ET BEATÆ VIRGINIS MARIE SINE LABE CONCEPTÆ.

ÍNDICE.

	<u>Pág.</u>
Capítulo I.—Casamiento de San Joaquín con Santa Ana, notificándoles un Ángel que tendrán una hija.	5
Capítulo II.—De la concepción de la Virgen Santísima.	13
Capítulo III.—De lo que sucedió en los nueve meses del preñado de Santa Ana y lo que hizo ella y su hija María.	18
Capítulo IV.—Del nacimiento de la Santísima Virgen, y de su santo nombre.	24
Capítulo V.—De la presentación de María en el Templo y de la vida que tuvo en los tres primeros años.	31
Capítulo VI.—De la presentación de la niña María en el Templo.	42
Capítulo VII.—Vida y ocupaciones de María en el Templo.	53
Capítulo VIII.—Continuase la vida de la	

	<u>Pág.</u>
niña María en el Templo y muerte de su padre San Joaquín.	58
Capítulo IX.—Trabajos de la niña María en el Templo.	65
Capítulo X.—El Altísimo hace ver la inocencia de María y la participa la muerte cercana de su Madre.	75
Capítulo XI.—Desposorio de María Santísima con San José.	83
Capítulo XII.—Orden de vida que dispuso María Santísima en el matrimonio.	92
Capítulo XIII.—Comienza el Altísimo a disponer en María el misterio de la Encarnación, y su ejecución por nueve días antecedentes.	97
Capítulo XIV.—Celebra el Altísimo con la Princesa del cielo nuevo desposorio.	102
Capítulo XV.—De la Encarnación del Hijo de Dios.	111
Capítulo XVI.—De la visitación de María Santísima á su prima Elizabeth.	118
Capítulo XVII.—Ordena María Santísima sus ejercicios en casa de Zacarías.	127
Capítulo XVIII.—Pide Santa Isabel á la Reina del cielo la asista en su parto y nacimiento de San Juan.	135
Capítulo XIX.—Despidese María Santísima de casa de Zacarías para volverse á Nazaréth.	146

	Pág.
Capítulo XX.—José conoce el preñado de su esposa María, sus cuidados y recelos hasta que el ángel le declaró el misterio de la Encarnación.	154
Capítulo XXI.—Determina San José servir en todo con reverencia á María Santísima, sus pláticas y vida hasta el Nacimiento del Mesías.	165
Capítulo XXII.—Publicase el edicto del emperador César Augusto, viaje de María y José á Belén, nacimiento del Mesías.	175
Capítulo XXIII.—De la adoración de los pastores y circuncisión del Señor.	187
Capítulo XXIV.—Adoración de los Reyes magos del Oriente al Verbo humanado en Belén.	201
Capítulo XXV.—De la presentación del Infante Jesús al Templo.	208
Capítulo XXVI.—De la huida á Egipto.	214
Capítulo XXVII.—Jesús, María y José toman asiento en la ciudad de Heliópolis; ordenan allí su vida.	225
Capítulo XXVIII.—De la vuelta de la Sagrada Familia á Nazareth.	235
Capítulo XXIX.—De la pérdida del Infante Jesús.	245
Capítulo XXX.—Enfermedad y muerte de San José.	255

- Capítulo XXXI.—De las ocupaciones de María Santísima después de la muerte de San José. 264
- Capítulo XXXII.—Jesús se despide de su Madre para ir al Jordán y da zallo al desierto. 272
- Capítulo XXXIII.—Cristo Señor Nuestro da principio á la predicación manifestándose por verdadero Mesías, bautiza á su Madre y hace el primer milagro público á instancia de su Madre. 280
- Capítulo XXXIV.—De la institución del Santísimo Sacramento. 290
- Capítulo XXXV.—Jesús en el huerto; le prenden y le llevan de tribunal en tribunal, y le sentencian á muerte; lo que sucedió en estos pasos á María Santísima. 300
- Capítulo XXXVI.—De la crucifixión, la muerte y sepultura de Jesús. 310
- Capítulo XXXVII.—De la resurrección de Jesús y su gloriosa ascensión. 322
- Capítulo XXXVIII.—De la venida del Espíritu Santo y predicación de los primeros días de los apóstoles. 332
- Capítulo XXXIX.—Del bautismo de los fieles y primera Misa que celebró San Pedro. 340
- Capítulo XL.—Los apóstoles hacen el

	<u>Pág.</u>
Credo y salen á predicar á todo el mundo.	344
Capítulo XLI.—Se prepara una gran persecución contra la Iglesia, y visita la Virgen á Santiago en Zaragoza.	350
Capítulo XLII.—De la ida de la Virgen Santísima á Éfeso y de lo que obró allí.	357
Capítulo XLIII.—De cómo celebraba María Santísima su Inmaculada Concepción, Natividad y otras festividades.	364
Capítulo XLIV.—El admirable modo con que María Santísima celebraba los misterios de la Encarnación, Natividad y otras festividades.	374
Capítulo XLV.—El ángel San Gabriel notifica á María Santísima la hora de su muerte.	387
Capítulo XLVI.—El tránsito felicísimo y glorioso de María Santísima, y su entierro.	399
Capítulo XLVII.—De la gloriosa asunción y coronación de María Santísima por Reina de los cielos y de todas las criaturas.	411

106

Grado y salta a predicar a todo el mundo.

107

Capítulo XII.—Se prepara una gran procesion contra la Iglesia y visita la

108

Virgen a Santiago en Saragosa.

109

Capítulo XIII.—De la ida de la Virgen Santissima a Ebro y de su obra allí.

110

Capítulo XIV.—De como celebraban allí sus santos en la Universidad de Navarra y otros santos.

111

Capítulo XV.—El admirable modo con que Maria Santissima celebra los misterios de la Encarnacion, Natividad y

112

otros santos.

113

Capítulo XVI.—El sagrado San Gabriel anuncia a Maria Santissima la hora de su muerte.

114

Capítulo XVII.—El granito del santuario de Maria Santissima y otros santos.

115

Capítulo XVIII.—De la gloriosa ascension y coronacion de Maria Santissima por

116

Reino de los cielos y de todas las otras cosas.

117

Fin.

118

Fin.

119

Fin.

120

Fin.





101

2

101



COPIE

VIDA

RESERVA SS

6577